

No faltéis esta noche

Escenas íntimas en seis cuadros

Santiago Martín Bermúdez

PERSONAJES

- VIRGINIA:** Durante la acción se va acercando a los cincuenta años; tal vez los ha sobrepasado al final. Es firme, es inteligente, es seductora y atractiva. Y no es hábil, ni demasiado fuerte, pero lo disimula con todo lo anterior. A menudo consigue que las cosas giren alrededor suyo.
- ROSA:** Hija de la anterior. Muy joven (veintitrés años al comenzar la acción) y sin embargo ya ha cometido un error de esos que suelen necesitar más tiempo. Ahora bien, aprende deprisa. Como veremos.
- EL PADRE:** Podríamos llamarle Sr. Fernández. Es el padre de Virginia, es el abuelo de Rosa. Y uno de los invitados.
- EL INVITADO:** Viene de muy lejos. Pero no se trata de una lejanía en el espacio, sino de otra clase.
- JOSÉ MARÍA** Aunque no le demos demasiada importancia cuando le oímos y hasta cuando le vemos, está destinado a remover las cosas, a poner en marcha los sentimientos. Y será algo más que un invitado.

LA ESCENA

Estas escenas íntimas tienen lugar en el chalé de VIRGINIA, una segunda residencia en la sierra cercana a

Madrid que, durante el transcurso de la acción, se convertirá poco a poco en residencia principal. Nos encontramos en una amplia estancia que le sirve a VIRGINIA de estudio, de cuarto de estar, incluso de comedor si no son muchos los comensales. Hay estanterías con libros, archivadores, documentos diversos, cuadros, todo ello amenizado con la sugerencia exterior de dos ventanas (fondo y segundo término izquierda) y una puerta (derecha). Hay otra pequeña puerta, que sirve de acceso a algún punto indefinido de la casa. Vemos también una imitación de chimenea. En esta estancia habrá comodidad y, en ocasiones, atmósfera de trabajo. Entre el primer cuadro y el último transcurren casi tres años. El entreacto puede tener lugar entre los cuadros segundo y tercero.

UNO

Las luces de sala se han apagado. Se ilumina el telón, ahora bajado. Antes de levantarlo, oímos al personaje de JOSÉ MARÍA, que permanecerá desconocido hasta muy avanzada la acción, leyendo la siguiente carta.

JOSÉ MARÍA.- (*Off.*) Querida Virginia: eres la primera persona a quien escribo después de llegar aquí. Esto es magnífico. Tendrías que ver la biblioteca, el auditorio de la Universidad, las instalaciones deportivas. Me habían hablado de todo esto, y aun así no doy crédito. Ya sé que tú tuviste una experiencia semejante hace tiempo. Empiezo a dar clases el próximo lunes. No siento gran inquietud, al contrario, estoy deseando empezar. Pero aunque llevo poco más de una semana, ya tengo dudas de si he hecho bien en aceptar, a mis años, el ejercicio de la enseñanza en este lado del océano. Hasta me pregunto: José María, ¿al aprovechar esta oportunidad profesional no habrás perdido algo más importante? Y no sé qué contestar. Querida Virginia, no sé si me comprendes, no sé si me explico...

(Se extingue la voz. Al cabo de unos segundos, se alza el telón. Sobre la chimenea, un cuadro con paisaje pastoril

que, sin embargo, es de buen gusto. En escena, VIRGINIA y su PADRE ordenan un buen montón de cintas de cassette junto a un pequeño magnetófono.)

EL PADRE.- Sí, hija mía. Hay quien cree que equivocarse sirve para no volverse a equivocar. Pero no es cierto. Equivocarse sirve para equivocarse mejor la próxima vez. El error, como tantas otras cosas, se perfecciona con el uso.

VIRGINIA.- Será mejor que lo dejemos, papá. Hablar de la guerra te pone melancólico.

EL PADRE.- No lo creas. Hace muchos años que he aceptado que las cosas fueron como fueron, que cometimos aquellos errores, uno detrás de otro, cada vez más perfectos en tanto que errores, cada vez más beneficiosos para el enemigo. Pero no es melancolía. Tú también aceptas lo que es tal y como es. Yo lo considero automordacidad.

VIRGINIA.- Tal vez. Pero aunque puedo aceptar las cosas como son, aún no he llegado a ser mordaz conmigo misma.

EL PADRE.- Es cuestión de tiempo. Al principio, ni tú misma te darás cuenta. Alguien tendrá que advertírtelo: Virginia, acabas de ser mordaz consigo misma.

VIRGINIA.- Espero que me lo adviertas tú, personalmente. Eres un experto.

EL PADRE.- Será mejor que pares ese cacharro. Estamos divagando. Ya no tengo nada más que añadir.

VIRGINIA.- (Detiene el magnetófono.) Me parece muy discutible eso que decías. ¿Crees realmente que una de las calamidades de vuestra causa fue el alejamiento entre Negrín y Prieto? En esa guerra hubo calamidades mayores.

EL PADRE.- No sé. Yo lo veo con gran claridad. Todo es opinable, la propia guerra lo es. No era inevitable que estallase, digan lo que digan los profetas del pasado, que te lo explican todo a posteriori. Pero entonces todo el mundo tenía claro dónde había que estar. Ahora sí que todo es opinable. La verdad ya no existe.

VIRGINIA.- Tampoco entonces. Pero no lo sabíais.

EL PADRE.- ¡Ah, no! Estaba muy claro dónde se hallaba la razón.

VIRGINIA.- No seré yo quien te niegue que la razón era vuestra. Sobre todo ahora, que por fin te has dignado hablar.

EL PADRE.- (Corrige.) Recordar. Hablar, he hablado siempre. Y me ha costado más de un disgusto.

VIRGINIA.- Te agradezco tantas cintas, tantos datos de primera mano. Un privilegio. ¿Por qué no te decidiste hace años a escribirlo tú mismo?

EL PADRE.- Porque nunca he sabido escribir. Y, sobre todo, porque nunca he sido tan viejo.

VIRGINIA.- Muchas de las cosas que has dicho me costará probarlas.

EL PADRE.- Pues son absolutamente ciertas. Por ejemplo, los detalles que te he contado sobre las deficiencias de la defensa de Madrid. Si el ejército nacional lo hubiese sabido... Y también nuestra mediación con Casado... ¿No irás a decirme ahora que me invento las cosas?

VIRGINIA.- De ninguna manera, papá. Lo que me cuestiono es cómo demostrarlo documentalmente. Nada más.

EL PADRE.- Y yo lo que me pregunto es por qué demonios te pones a hacer tu tesis doctoral a los cuarenta y cinco años.

VIRGINIA.- Cuarenta y siete, pero no se lo digas a nadie... Hubiese tenido que escribir mi tesis al terminar la carrera, aunque entonces me faltara madurez. Pero lo fui dejando y vinieron las obligaciones. Pensé que siempre sería un tema interesante. Y ahora no le interesa a nadie. Sin embargo, ¿se ha dicho acaso la última palabra sobre el asunto?

EL PADRE.- Desde luego que no. Tal vez falta perspectiva aún. Hay muchos que han callado lo que sabían.

VIRGINIA.- Como tú...

EL PADRE.- Como yo, sí. Que me he decidido a hablar ahora que sé que voy a morir. Ahora que mi hija vuelve en sí después de carecer de tiempo durante años y años, ocupada en modernizar el país desde un despacho del que ha sido desalojada por otros al parecer más modernizadores que ella.

VIRGINIA.- Un momento. ¿No hay algo de reproche en eso de que no he tenido tiempo para nada durante años?

EL PADRE.- No, eras tú misma quien se quejaba de que no podías leer un libro, ni tener unas vacaciones como todo el mundo. Hacías lo que tenías que hacer. Y, de repente, te han dado el relevo.

VIRGINIA.- ¡Modera tu ironía!

EL PADRE.- Hubieses querido tener tiempo para ti, para tu hija, para tu marido, y tal vez para tu tesis. Y yo no me decidía a hablar. Dejémoslo. Cuántas confusiones y malentendidos se dan en las familias.

VIRGINIA.- Ya lo creo. Tú acabas de anunciarme tu próxima muerte, no creas que lo olvido. Que yo sepa, sólo tienes setenta y cinco años.

EL PADRE.- Setenta y cuatro. Viniste al mundo cuando tu pobre madre y yo éramos todavía jóvenes.

VIRGINIA.- Y estás en plena forma. Sé, además, que hay por ahí alguna buena razón para que sigas viviendo.

EL PADRE.- Ese tipo de razones las he tenido siempre. Desde que murió tu madre, quiero decir.

VIRGINIA.- Menudo pájaro has sido... Te he hecho una pregunta.

EL PADRE.- Pues te la voy a responder. Sé que me voy a morir. Más o menos cuando cumpla los setenta y cinco.

VIRGINIA.- ¿Tienes información privilegiada sobre tu destino?

EL PADRE.- Digamos que me gustaría disponer de mi propio destino.

VIRGINIA.- Eso querríamos todos.

EL PADRE.- Me refiero al último, ese destino que para unos llega demasiado pronto, como para tus dos maridos. Y que para otros se hace esperar demasiado.

VIRGINIA.- Papá, ¡decir eso a tu edad!

EL PADRE.- Además, estoy harto de ser una carga para la seguridad social, de formar parte del cada vez más nutrido grupo de pensionistas que explotan a los pocos que trabajan con su desvergonzado empeño en seguir viviendo. Sé muy bien lo que me hago.

VIRGINIA.- No es agradable oírle a tu padre anunciar su suicidio.

EL PADRE.- No dramaticemos. Deberías estar contenta. Hemos grabado una semana entera de recuerdos, encerrados en este chalé. Incluido mi exilio en Francia, el campo de concentración, el día en que conocí a tu madre...

VIRGINIA.- **(Repentinamente evocadora. Imita a alguien, pronuncia con corrección, con casticismo.)** *Bonjour, monsieur Fernández.*

EL PADRE.- *Bonjour, mademoiselle Gérard.*

VIRGINIA.- *Ça va pas mieux aujourd'hui?*

EL PADRE.- *Si, quand même. Et vous?*

VIRGINIA.- *On vous attend toujours chez nous. Mon frère a quelque chose à vous montrer...* **(EL PADRE la contempla y escucha con contenido regocijo. Ella se detiene. Evoca.)** El tío Michel. La tía Monique. Cuando los conocí, yo ya era muy mayor...

EL PADRE.- Pero naciste allí. Y allí estuvimos tres años.

VIRGINIA.- Virginia Fernández Gérard. Nacida en Montmagny (Francia), el 11 de noviembre de 1944. Mi documento de identidad mantiene ese detalle exótico. De joven presumía de haber nacido en la Francia recién liberada, y de mi padre, que se había echado al monte. No en una provincia cualquiera de este pueblo seco, sino a unos metros de la basílica de Saint Denis.

EL PADRE.- Preferiría dejar de recordar. ¿No hemos tenido bastante esta semana?

VIRGINIA.- Se acabaron las sesiones, puedes estar tranquilo.

EL PADRE.- Quién sabe si tiene interés lo que te he dicho, o si no está escrito ya. Has estado mucho tiempo apartada del medio académico.

VIRGINIA.- Y tengo que ponerme al corriente. Un año perdido, vegetando en mis clases, esperando que me llamasen otra vez. Pero los que sabemos que no nos van a llamar más hemos decidido reconvertirnos. Volver a las clases, o a lo que sea. Y a la olvidada tesis doctoral. Y para eso, el material de esas cintas es inapreciable.

EL PADRE.- Contrástalo, no sea que te acusen de plagio. No he disfrazado nada, aunque puede que haya olvidado cosas. Soy uno de los últimos testigos de aquella guerra, era un jovencuelo cuando terminó. En circunstancias normales, alguien como yo no habría llegado tan cerca del mando. Pero nada era ya normal cuando aquello se venía abajo.

VIRGINIA.- Tienes el vaso vacío. ¿Te pongo otro?

EL PADRE.- Sabes que no me sienta bien...

VIRGINIA.- (Con afectuosa ironía.) ¿Y qué más da? ¿No te vas a morir?

(Se miran. Surge, o mejor, regresa una complicidad mutua que ha debido de ser permanente entre ambos desde mucho tiempo atrás. Ríen, primero él, invitado por la cariñosa provocación de su hija; después ella, aliviada por la reacción de su PADRE.)

EL PADRE.- (Mientras contempla, con ternura, cómo su hija le echa una nueva ración en su vaso.) ¿Cómo es que no ha llamado la niña en todo este tiempo?

VIRGINIA.- (Mira a su PADRE, con cierto reproche que pretende atemperar con una sonrisa.) No es eso lo que querías preguntar... (Puesto en evidencia, EL PADRE aparenta perplejidad.) La pregunta es: ¿Por qué no has llamado a la niña en toda esta semana? La respuesta deberías saberla.

EL PADRE.- Me dijiste que estaba de viaje. Pero podría haber llamado ella, ¿no crees?

VIRGINIA.- Es un viaje de esos que hacen las parejas cuando las cosas van mal. Intentan reencontrarse, o algo así. No están para llamar a nadie, ni para que nadie les llame a ellos. Desde el principio dije que ese matrimonio no podía durar. Como los míos.

EL PADRE.- Pero Virginia... tus dos maridos murieron.

VIRGINIA.- Pero si no hubiesen muerto, me hubiese divorciado de ellos.

EL PADRE.- ¿De los dos?

VIRGINIA.- Quién sabe. De Gabriel tendría que haberme divorciado antes de que le sucediera aquello. Menuda fama tengo ahora de matahombres. Pero no me separé de él. Le quería. Añoro a Gabriel. Y también a Sergio. Con los dos alcancé un buen equilibrio. Al cabo de un tiempo de vivir con un hombre averiguas lo que no le gusta oír. Entonces, puedes callártelo, o bien repetirlo a menudo. Con ninguno de ellos tuve tiempo de llegar a la segunda etapa.

EL PADRE.- ¿Te gustaría volver a verlos?

VIRGINIA.- ¿Volver a verlos? ¡Qué cosas tienes, papá!

(Ríen ambos.)

EL PADRE.- ¿Crees que Rosa y Carlos van a separarse?

VIRGINIA.- Tal vez ella quiera evitarlo. Pero es capaz de mantener ese estúpido matrimonio sólo por obstinación.

EL PADRE.- Por obstinación o para no estar sola... ¿Hay algo peor que la soledad? ¿Qué me respondes?

VIRGINIA.- ¿Hay nada más convencional que tenerle miedo a la soledad?

(Un silencio. EL PADRE mira a VIRGINIA, que rehuye su mirada. Después de unos instantes, lo acepta, resignada.)

Tienes razón. La soledad es insoportable. **(Se vuelve a su PADRE, con cierta ironía.)** No todo el mundo consigue arreglárselas como tú.

EL PADRE.- (Sin hacer caso de la intención.) Me preocupa la niña.

VIRGINIA.- (Molesta.) A mí sí que me preocupa. Soy su madre.

EL PADRE.- Perdona. He querido decir que a mí también me preocupa la niña. Soy su abuelo.

VIRGINIA.- ¿Y no te preocupan tus otros nietos?

EL PADRE.- Sí. Pobres muchachos. Lo tienen difícil los hijos de tus hermanos. Pero lo de Rosa es distinto.

VIRGINIA.- ¿No me dirás ahora que es tu nieta favorita? Siempre preferiste a Pablo, con sus hoyitos en las mejillas.

EL PADRE.- Rosa es mi primera nieta. Tú no me hiciste esperar tanto como los demás.

VIRGINIA.- Fue un descuido. Nunca quise tener hijos.

EL PADRE.- ¿Cómo puedes hablar así?

VIRGINIA.- Es la verdad. Quiero a mi hija, desde luego. Como un amor de madre profundo, intenso. Pero no voy a olvidar que fue un descuido. A Sergio se lo dije con claridad. No quiero más hijos, ya tengo. Se perdió su apellido. Hijo único y con ese apellido tan rimbombante. Ojalá viviese aún. Él, y también Gabriel. Antes de que lo vuelvas a preguntar te diré que sí, que me encantaría verlos aparecer por esa puerta. Gabriel y Sergio. ¡Qué par de experiencias tan distintas!

EL PADRE.- Y más que esos dos hombres del pasado, ¿no sería mejor un hombre de carne y hueso?

VIRGINIA.- Sabes que ha habido otros y que no ha funcionado. A estas edades, los hombres tienen demasiadas manías. No pueden adaptarse a una mujer. Y yo no quiero engañar a nadie. Soy como soy y lo hago notar desde el primer día.

(Suena el teléfono.)

Papá, ¿no te importa responder? Me imagino quién es. Me invitan a una de esas cenas de conspiración. Di que me he ido.

EL PADRE.- ¿Dónde te has ido?

VIRGINIA.- Estoy en el Archivo de Indias, recopilando información.

EL PADRE.- No es ahí donde se encuentran datos para tu tesis.

VIRGINIA.- Y ellos qué saben. Di lo que se te ocurra.

EL PADRE.- Está bien. **(El diálogo se ha ido acelerando. EL PADRE, que no deseaba responder, descuelga por fin el auricular.)** Dígame. [...] Rosa, pequeña... ¿dónde estás? ¿Tu madre...?

(Mira a VIRGINIA, que se apresura a acudir al teléfono. EL PADRE, algo decepcionado ante la reacción de su nieta, se despide y pasa el auricular a VIRGINIA.)

Sí, te paso. Hasta pronto, Rosa...

VIRGINIA.- **(Al aparato.)** Rosa... [...] Claro que estaré aquí. [...] No, no tenía intención de salir. Estoy con el abuelo. Estamos solos. [...] ¿Que vas a venir? ¿Y eso? [...] No, hija, ¿cómo me va a molestar? Y a tu abuelo, menos... [...] Tienes llave de las dos casas y yo no he cambiado la cerradura. Pero ¿se puede saber...? [...] Está bien, Rosa, está bien. Cuando llegues, nos lo explicas, si quieres. [...] Ya sé que es asunto tuyo, pero reconocerás... [...] Como quieras. Aquí estaremos. Un beso. **(Cuelga. Mira a su PADRE, con gesto que es mitad fastidio y mitad preocupación.)** Me temo lo peor. Casi me ha colgado y no quiere dar explicaciones.

EL PADRE.- Es lo que tú pensabas, ¿verdad?

VIRGINIA.- Es lo que supe desde el principio.

EL PADRE.- ¿Y por qué no hiciste algo por evitarlo?

VIRGINIA.- ¿Qué podía hacer? ¿Darle la oportunidad de hacer el papel de Julieta Capuletto?

EL PADRE.- A los hijos hay que advertirles, aunque sea inútil.

VIRGINIA.- Algo le dije, pero con la primera reacción desproporcionada comprendí que sabía muy bien dónde se metía, aunque no lo admitiese. A mi hija le iba a picar una víbora y yo tenía que cruzarme de brazos. No es agradable. Ahora habrá roto con ese imbécil y volverá furiosa por reconocer su error.

EL PADRE.- Por reconocerlo y por haberse equivocado, supongo.

VIRGINIA.- Bah, después de todo, a estas alturas no puede considerarse un error la ruptura de un matrimonio.

EL PADRE.- Depende. Si dura tan poco como éste...

VIRGINIA.- Menos de dos años. ¿No te parece suficiente?

EL PADRE.- Francamente, no.

VIRGINIA.- Estaba segura, segura, maldita sea.

EL PADRE.- ¿No te irás a poner nerviosa tú también? De acuerdo con tus principios de conservar la cabeza fría, esto debería afectarte sólo hasta cierto punto.

VIRGINIA.- ¿Y qué tienen que ver los principios con la realidad? En mi paso por la política, he podido comprobar que bien poca cosa. ¿Por qué iba a ser distinto en el medio familiar? Yo hubiese querido para Rosa un matrimonio como el de mamá y tú.

EL PADRE.- ¿Querías para Rosa lo que no querías para ti?

VIRGINIA.- Exactamente. ¿Te sorprende?

EL PADRE.- Desde luego.

VIRGINIA.- (Como burlándose de sí misma.) Un padre suicida, una hija divorciada y una tesis doctoral que no acabaré antes de los cincuenta años. Excelente panorama.

EL PADRE.- Por lo menos, no dramatizas. Los principios empiezan a imponerse.

VIRGINIA.- No se trata de principios. Es una manera de ver las cosas. Tal vez sea egoísmo.

EL PADRE.- Sé que no es así. Es que esperas a una hija desquiciada y sabes que, en casos así, alguien tiene que conservar la calma.

VIRGINIA.- Yo esperaba que la conservases tú.

EL PADRE.- Pero yo no soy más que el abuelo. Ha llamado y ha preguntado por ti, sólo por ti. Es lo natural, estando como está. Es necesario que os deje a solas, tendréis muchas cosas de que hablar.

VIRGINIA.- ¿Ahora con esas? Nadie te está echando de aquí. Y mucho menos, Rosa, que te adora, y tú lo sabes.

EL PADRE.- Claro que lo sé. Yo la adoro también. Por eso, creo que es necesario dejar solas a la madre y a la hija.

VIRGINIA.- Eso ya no es posible a estas alturas, papá. Mi hija y yo no hemos tenido nunca esa relación de amistad que la gente de mi edad consideraba como el ideal de relación entre padres e hijos. Los hijos, para ser felices, necesitan que la madre sea algo esclava. Yo nunca lo he sido.

EL PADRE.- Tú has sido siempre una niña feliz. ¿Era tu madre *algo esclava*?

VIRGINIA.- Claro que sí, papá, y tú lo sabes. Las cosas eran así entonces. Pero no quiero hablar de eso. Es lamentable llegar a mi edad y advertir que no es posible casi nada de lo que creías en tu juventud. Ni siquiera en el orden doméstico. Y digo *casi* para no dejar cerradas todas las puertas.

(Un silencio. Ninguno de los dos intenta cruzar mirada con el otro. EL PADRE apura su vaso. Entonces sí le dedica VIRGINIA su atención.)

EL PADRE.- **(Ante la burlona mirada de su hija.)** Te prohíbo que me ofrezcas otro. Sabes que me sienta muy mal. Aunque me vaya a morir cualquier día de estos, es muy desagradable sufrir las consecuencias de los excesos. Y ahora, me voy a la cama, es preciso que la niña te encuentre sola. Necesita protección y apoyo.

VIRGINIA.- La niña necesita la protección de los dos, el apoyo de los dos. Somos su familia, la única que tiene. Tú te quedas aquí.

EL PADRE.- ¿Es una orden?

VIRGINIA.- Sabes que es un ruego.

EL PADRE.- No te muestres débil conmigo. Los humanos desoímos los ruegos muy a menudo, pero somos muy vulnerables con las órdenes.

VIRGINIA.- No quiero enfrentarme a solas con ella. Menos mal que estás aquí. ¿Es que no te das cuenta? ¿Tengo que dártelo todo mascado, padre-en-exceso-bien-educado?

EL PADRE.- Virginia, hija mía... Ven...

(Abre sus brazos. VIRGINIA se precipita a ellos.
Permanecen abrazados en silencio.)

VIRGINIA.- (Como en una queja.) Papá...

EL PADRE.- Virginia...

VIRGINIA.- Como cuando tenía miedo, entonces...

EL PADRE.- Como cuando tenías miedo, y no estaba mamá.

VIRGINIA.- Mamá siempre estaba.

EL PADRE.- A veces me encontraba yo más cerca.

VIRGINIA.- Y tú eras el hombre de la casa. El único.

EL PADRE.- Menos mal. Así no hubo nunca rivalidades masculinas en casa. Son muy molestas. Lo sé por experiencias ajenas.

VIRGINIA.- (Ríe, en un intento de sofocar su súbito y tal vez poco duradero desconsuelo.) ¿Es cierto que nunca quisiste tener un hijo varón?

EL PADRE.- Si hubiese nacido no lo habría despachado a la inclusa, pero no me importa no haberlo tenido. Y, si no te enfadas, te diré una cosa.

VIRGINIA.- Si me preguntas eso es porque sabes que me voy a enfadar.

EL PADRE.- Te lo diré de todas formas. ¿Sabes lo que te hace falta?

VIRGINIA.- Sí, lo sé. Un varón. Un hombre, un amor. Y si no lo supiera, sabría que eso es lo que hay que contestarte. Que necesito amar a alguien. Has insistido en ello toda esta semana.

EL PADRE.- ¿De veras? No me he dado cuenta. Los viejos nos agarramos a unos cuantos temas y no paramos de darles vueltas.

VIRGINIA.- Sólo que yo cada vez te respondo algo distinto. Unas veces te digo que no necesito ningún hombre, otras que sí, otras que no sé, otras que no me importa. Y estás hecho un lío. Quieres saber la verdad.

(Dentro, se oye el ruido de una puerta al cerrarse.)

EL PADRE.- ¿Has oído?

VIRGINIA.- ¿Qué...?

EL PADRE.- Ese ruido.

VIRGINIA.- No he oído nada...

EL PADRE.- ¿No será...?

(Aparece entonces ROSA, una joven cuya extrema delgadez se ve acusada por unos rasgos demacrados. ROSA, que lleva una bolsa de viaje, se queda sorprendida al ver a VIRGINIA y a su abuelo abrazados.)

ROSA.- Mamá, yo...

VIRGINIA.- (Se desprende de los brazos de su PADRE. Corre a abrazar a su hija.) Rosa, mi pequeña...

(Se abrazan ambas.)

ROSA.- (Abrazada a su madre. Intenta dominarse.) Mamá... Te advierto que... que no quiero llantos. No estoy dispuesta a que nos echemos a llorar ni tú ni yo...

EL PADRE.- Entonces, si no te importa, yo lloraré por todos.

(Lo ha dicho con enorme ternura. ROSA se desprende de su madre y encara al anciano.)

ROSA.- (Con desconsuelo, pidiendo protección, a pesar suyo.) Abuelo... Abuelo... (Y, en efecto, estalla en sollozos.)

EL PADRE.- (Acude a ROSA y la abraza exactamente igual que hacía con VIRGINIA poco antes.) ¿Ves? ¿Por qué no ibas a llorar? ¿Quieres que te prepare algo?

VIRGINIA.- (Al quite, imponiéndose.) Yo se lo prepararé.

EL PADRE.- (En tono de rectificación.) Eso quería yo decir.

VIRGINIA.- ¿Quieres un refresco?

ROSA.- Cualquier cosa. Lo que estéis tomando vosotros.

EL PADRE.- Lo que estamos tomando nosotros no es aconsejable a tu edad.

ROSA.- ¿A mi edad? (Buscando un efecto.) ¿Cuando estoy a punto de divorciarme?

(Silencio. Los otros fingen sentirse sorprendidos, no quieren defraudar la sorpresa que ROSA tenía preparada para ellos.)

VIRGINIA.- Entonces, era eso...

ROSA.- Era eso.

VIRGINIA.- ¿Querrás explicarte ahora?

ROSA.- No deseo otra cosa. Quiero explicarlo todo, contároslo todo. A ver si así lo comprendo yo misma. Y a ver si así me comprende alguien alguna vez. (**Mira fijamente a su madre. La toma de las manos.**) Pero todo a su tiempo. (**A VIRGINIA.**) Eso sí, mamá. No necesito justificarme. Ni ante ti ni ante nadie. ¿Estamos de acuerdo?

VIRGINIA.- Sigues como antes. Disparas antes de apuntar. (**A EL PADRE.**) ¿Hay algún antecedente en la familia?

EL PADRE.- Debe de haberlo por la parte francesa.

ROSA.- Ahora quiero cambiarme. He dejado el coche a la puerta.

VIRGINIA.- Yo lo meteré en el garaje. Hay sitio de sobra.

ROSA.- (**Mira al abuelo. También lo toma de las manos.**) Te encuentro muy bien. Te envidio.

EL PADRE.- Como halago, lo estimo. Pero no lo puedes decir en serio.

ROSA.- (**Con amargura.**) Ahora sé que hay cosas que envejecen más que el tiempo. De improviso, en unas horas. Soy muy mayor ya. Así que ponme lo mismo que estabas bebiendo tú.

EL PADRE.- (**Ha mirado a VIRGINIA, que da su mudo consentimiento.**) En tal caso, creo que no puedo oponerte más argumentos.

ROSA.- (A VIRGINIA.) ¿Sabes, mamá? Carlos y yo hemos ido a un lugar maravilloso. Uno de los lugares más bellos que se puedan visitar todavía. Era tan romántico. Qué bien me sentía cuando él no estaba junto a mí. Qué hermoso me parecía todo aquello cuando Carlos no me imponía su presencia. Ha sido una visita de prospección, como se dice ahora. Es el lugar que he elegido para ir con alguien cuando me enamore. Los días con Carlos no han sido un infierno, pero sí una futilidad. Tengo la sensación de haber desperdiciado esos parajes, la belleza de aquel lugar. Tengo que recuperarlos algún día. (A EL PADRE.) Abuelo, tú sabes que cuando uno quiere engañarse, empieza por rodearse de cosas bellas, de bellas palabras, de bellos decorados, de la naturaleza, de todas esas cosas que uno considera esencialmente verdad. Piensas que en medio de todo eso uno no se puede mentir. Y sin embargo, la mentira y el mal están agazapados mientras contemplamos un bello crepúsculo. (**Mira a ambos, alternativamente. Se avergüenza de hablar tanto, se avergüenza de contemplar la tal vez forzada atención de los otros.**) Perdonadme. Vuelvo en seguida. (**Sale rápidamente de escena.**)

(Tras reponerse, EL PADRE se dispone a servir el vaso de su nieta.)

VIRGINIA.- (Vigila la reacción de su PADRE, que no ha querido mirarla desde que salió ROSA.) Supongo que te has dado cuenta.

EL PADRE.- ¿De qué?

VIRGINIA.- Acababa de telefonar y ya está aquí. Ha llamado desde el pueblo. Ha ido a Madrid. Desolación: no hay nadie en casa. No llama, sólo pregunta a la vecina. Tu madre está en el chalé, le dice. Para evitarse otra decepción, decide telefonar al llegar al pueblo. No quiere aparecer por aquí si hay extraños. Tu presencia la tranquiliza. Y cuando le digo que estamos solos, decide venir. Ha tardado sólo unos minutos. Todo el rato ha estado dando el segundo paso antes que el primero. Tal vez fue eso lo que hizo cuando se casó con ese botarate. Ahora nos acaba de decir, con otras palabras, que desde ahora será distinto.

EL PADRE.- Ya me parecía raro que llegase tan pronto. Pensé que eran cosas mías, que había perdido la noción del tiempo.

VIRGINIA.- ¿Sabes lo que estoy pensando? Que te va a ser difícil.

EL PADRE.- ¿El qué?

VIRGINIA.- Suicidarte. Te va a ser muy difícil.

EL PADRE.- ¿Y por qué?

VIRGINIA.- **(Con tierna ironía.)** ¿Es que no te has dado cuenta? Porque te necesitamos. Las dos. No puedes hacerlo porque tienes que cuidar de nosotras, porque tienes que ayudarnos en nuestras delicadas y especiales circunstancias. Necesitamos algo más que una tesis doctoral, unas escapadas con amigos y unas cenas de conspiración inútil. Ese viaje de regreso al paraíso que se promete Rosa puede hacerse esperar. No tiene ninguna seguridad de que sea algo inmediato. Lamentablemente, los paraísos carecen de etiqueta de garantía. ¿Necesitas que te lo repita? ¿Es realmente necesario que te lo den todo mascado, padre sumido en el mayor de los despistes?

(Se miran. El anciano parece sumido en la perplejidad y mueve la cabeza: niega y niega. Se miran. Se ponderan. Sonríen.)

TELÓN

DOS

Como antes, a telón bajado, una voz lee una carta. En este caso es VIRGINIA.

VIRGINIA.- (*Off.*) Querido José María, siempre me alegran tus cartas, deberías saberlo. ¿Por qué no iban a alegrarme? Me ha hecho mucha gracia lo que me contabas en la última. La verdad es que ya me iba haciendo cargo por lo que decías en otras anteriores. Así que te has prendado de una belleza local. Veo que no pierdes el tiempo, y creo que haces muy bien. Yo, en cambio, lo pierdo. Lo pierdo miserablemente, y no sólo en cuestiones sentimentales, sino en casi todo. Si supieras lo de mi tesis, supongo que no me lo perdonarías. Después de tantos años de trabajo agobiante fuera de la Universidad, me siento incapaz de recuperar el tono de la vida académica.

(La voz se ha ido alejando. Ahora se alza el telón. Encima de la chimenea, un retrato del PADRE de VIRGINIA. Al lado, reposa una pequeña urna. Tanto el retrato como la urna serán en ocasiones motivo de muda atención por parte de VIRGINIA y de ROSA. Obvio como acotación, no tiene por qué serlo para los espectadores, que ya tendrán su oportuna aclaración al final de la escena. Esta urna permanecerá inmovible hasta el final de la acción, al contrario que la iconografía. Sorprendemos a VIRGINIA, sola, en una charla telefónica.)

VIRGINIA.- (*Sorprendida e indignada.*) ¿Merche Contreras...? No puedo creerlo. Esa mosquita muerta... ¿Qué experiencia tiene, qué ha hecho en la vida? Parece mentira. ¿En qué van a convertir la administración? [...] Claro que hay que hacer algo, no me voy a quedar cruzada de brazos, aquí, en casa. [...] ¿La facultad? Bueno, eso es otra cosa. La tesis no va mal, marcha poquito a poco. Es cuestión de tiempo. [...] ¿Dónde, aquí, en mi casa? Preferiría que fuera en otro lugar. Yo estoy dispuesta a hacer la cena y lo que haga falta, pero que sea en otra parte...

(Mientras habla, entra ROSA, con un libro en la mano. Se queda mirando a su madre, que no la ve mientras habla.)

[...] No, ninguna razón especial, es que prefiero que no sea aquí.
[...] No, no hay ningún hombre nuevo. Ni nuevo, ni viejo...

ROSA.- (*Interrumpe.*) Diles que sí, mamá. Ese día me iré...

VIRGINIA.- (Se vuelve hacia su hija, interrumpiendo una frase en su comienzo.) ¡Rosa...! [...] No, nada, es mi hija. Ahora te llamo, ¿vas a seguir ahí? [...] Antes de media hora... Hasta ahora mismo. (Cuelga.)

ROSA.- Me vas a hacerme sentir culpable. ¿Por qué has colgado, porque estaba yo delante?

VIRGINIA.- Porque estabas escuchando. No me gusta. ¿Te escucho yo a ti lo que hablas con los demás?

ROSA.- ¿Para qué? No te importa nada con quién hable ni de qué hable.

VIRGINIA.- ¿No te parece lo más sano? ¿Preferirías una madre que estuviera siempre encima de ti, abrumadora y castrante?

ROSA.- Ya estamos con lo mismo. No, supongo que no, pero no me queda opción. Si hay cena de conspiradores y temes que vuelva a espiaros, esa noche me iré.

VIRGINIA.- Tú no tienes por qué irte. Esta es tu casa.

ROSA.- Sobre todo, es tuya. Y soy una carga para ti. (Antes de que su madre tenga tiempo de protestar.) Lo soy, aunque intentes convencerme de lo contrario. No es justo que tengas que marcharte por mi causa.

VIRGINIA.- Soy yo quien no quiere molestarte a ti con la presencia de mis amigos. Nunca se sabe qué compañía vas a tener esa noche.

ROSA.- ¿Te molesta que tus amigos sepan que me acuesto con chicos de mi edad?

VIRGINIA.- No me molesta. Pero puede resultar chocante ver que cada vez se trata de un chico distinto.

ROSA.- ¿A quién? ¿A tus amigos?

VIRGINIA.- A cualquiera, menos a ti.

ROSA.- ¿Y a ti?

VIRGINIA.- A mí no me choca nada. Y si así fuese, me convencerías tú de que tengo celos de mi propia hija.

ROSA.- No es eso. Ahora tienes otro objetivo. Ya ni siquiera te interesa tu tesis doctoral. Y yo, que te traía este libro que andabas buscando...

VIRGINIA.- A ver... Caramba. Todo un hallazgo. ¿Dónde lo has conseguido?

ROSA.- Estaba en la biblioteca del abuelo de Victor. Era un facha, de esos que, según dicen, fusilaron a gente en cementerios y luego compusieron versos y llenaron la casa de libros.

VIRGINIA.- Esto es un tesoro.

ROSA.- No lo dices con mucho entusiasmo.

VIRGINIA.- ¿Qué pretendes? ¿Que me ponga a dar saltos por un libro?

ROSA.- Hace unas semanas, lo hubieras hecho. Ahora parece que has encontrado un horizonte mejor que esa tesis doctoral.

VIRGINIA.- (Con reproche.) Sí, como tú misma me dijiste la otra noche. Un puesto a dedo en la administración.

ROSA.- Preferiría no habértelo dicho.

VIRGINIA.- Pero lo dijiste. Se te ha olvidado que de esos puestos a dedo has vivido tú durante unos cuantos años de manera bastante holgada. Olvidas también que me he trabajado cada uno de mis nombramientos, quedándome hasta las diez de la noche, día tras día, en el maldito ministerio. La política no es fácil de vivir. Es ella la que te chupa, la que te vive a ti... No, no volveré a invitar a mis amigos a esta casa. Para una vez que no estabas acostada con uno de esos que van contándole a todo el mundo detalles de cómo te mueves en la cama, nos estás espionando.

ROSA.- No volverá a suceder. Quizá debería irme de esta casa, a moverme en mi cama con quien me parezca sin que nadie me pida cuentas.

VIRGINIA.- ¡Ah, eso sí que no! Chantajes, no. Si quieres pelearte conmigo, de acuerdo. Pero no me hagas chantaje. ¿O es que ni siquiera voy a poder responder a tus observaciones sobre mi persona? Esta casa es tuya, te repito. Y antes preferiría irme yo que verte de regreso con ese que hizo de marido tuyo durante un tiempo.

ROSA.- Entendido, mi capitán. Pero hay algo que quería decirte...

VIRGINIA.- ¿Sobre mi desmedido afán de poder o sobre los puestos a dedo que les dan a los más capaces de mi partido...? Habla, puedo seguir escuchando consejos de mi propia hija.

ROSA.- No es eso. Preferiría verte trabajando en la tesis. Creo que es lo tuyo, y no la administración. No sé cómo decirlo... Me preocupas.

(Silencio. Se miran.)

VIRGINIA.- **(Con moderado estupor.)** ¿Que yo te preocupo...? Lo que me faltaba por oír. Mi hija me regaña porque no hago la tesis, me reprocha subrepticamente que no me dedique más a los hombres y que aspire a seguir adelante en mi legítima vocación política. Y todo eso se resume en que se preocupa por mí. Tú también me preocupas, pero no lo digo constantemente. Eso lo hacían los padres de antes. ¿Será que hoy quienes se preocupan son los hijos?

ROSA.- No, no me refiero a eso. Es... otra cosa. **(Se detiene, como si le abrumase seguir hablando.)**

VIRGINIA.- ¿Por qué te callas de repente? ¿Qué es esa otra cosa? Vamos, habla de una vez.

ROSA.- **(Se hace con el coraje necesario. Enfrenta a su madre.)** Me preocupa una cosa... Te he oído hablar sola. Más de una vez. Hablas sola, como si estuvieses manteniendo una conversación con alguien. Le contestas. Parece que el otro te habla. Pero no hay nadie. Nadie.

VIRGINIA.- ¿Qué estás diciendo! **(Parece que fuera a abalanzarse sobre su hija.)** ¿Y con quién hablaba? Dime, ¿con quién?

ROSA.- No te pongas así. ¿Cómo quieres que sepa con quién hablabas? Hablabas sola y a quien fuera le dabas las réplicas muy bien.

VIRGINIA.- **(Con ansiedad.)** ¿Cuántas veces me has visto así?

ROSA.- Dos veces.

VIRGINIA.- ¿Nada más?

ROSA.- Nada más.

(Silencio. Abrumada, VIRGINIA baja la cabeza. Se vuelve, alterada y confusa, de espaldas a su hija, que se siente obligada entonces a llenar el repentino vacío, a glosar y completar, acaso a matizar, el sentido de sus propias palabras.)

Nunca me quedé a escuchar. Además, se entiende muy bien lo que te pasa... No creas que no me doy cuenta. Fue después de... de la muerte del abuelo.

(Suena el teléfono. Las dos mujeres quedan expectantes, fijas en el aparato. Se diría que, en un primer momento, es por pudor por lo que no se precipitan sobre la llamada. Cuando ROSA ve que su madre se dispone a responder, interviene con energía.)

¡Es para mí!

(VIRGINIA la mira con estupor, pero «la orden» de su hija es más fuerte que su capacidad de reacción. ROSA acude al teléfono. VIRGINIA apenas tiene tiempo de hacer un comentario en el que aún saca fuerzas para, una vez más, burlarse un poco de sí misma.)

VIRGINIA.- Nunca es demasiado tarde para darse cuenta de que una no conoce a sus hijos...

ROSA.- (Al teléfono.) Dígame. [...] Ah, eres tú. [...] **(Con un enojo que no obedece sólo a lo que le hayan dicho al otro lado del hilo.)** No, no esperaba a nadie más, ¿a quién iba a esperar? ¿Tú también vas a decirme que...? **(Se detiene. Se vuelve a su madre, que, en efecto, está pendiente de lo que dice su hija. ROSA pone la mano sobre el auricular para que las siguientes palabras no sean escuchadas por su interlocutor.)** Mamá, por favor... ¿Voy a tener que retirarme a mi habitación?

VIRGINIA.- (Tomada en falta, intenta salir airosa mediante otra ironía.) No, de ninguna manera. No tienes por qué ir a *tu* habitación, para eso está *mi* despacho. Sin prisas, no te apures por mí... Ya sabes que, en estos momentos, no es el trabajo en mi tesis lo que más me preocupa.

(Muy digna, VIRGINIA sale de escena y deja a su hija a solas con el teléfono.)

ROSA.- (Al teléfono.) ¡Qué falta de respeto! Mi madre es cada día más impertinente. [...] No, no es como para irme de casa. Ella es muy liberal, le da igual lo que yo haga, pero la convivencia impone limitaciones. [...] Es que se le han acumulado las cosas. Le han dado una patada en política, ha tenido que volver a dar clases, no arranca en la tesis, y encima se muere mi abuelo. Pobre mamá. [...] ¿Otra vez? No, no me gusta. No quiero repetir. ¿Por qué no vamos a otra parte? [...] **(Con un enojo contenido.)** Chema, ¿sabes una cosa? Empiezas a aburrirme. ¡A aburrirme! Y eso es grave, porque mi intención era todo lo contrario, mi intención era enamorarme. [...] ¿Y a mí qué me importan esos sentimientos? [...] **(Precipitadamente.)** Lo siento, Chema, no quiero seguir hablando. Adiós.

(Cuelga. Endurecido el gesto, parece poseer pleno dominio de sí. Mira el teléfono, segura y fuerte. Una pausa. Súbitamente, se derrumba. Allí, de pie, la confianza en sí misma da paso a una vacilación, a un lamento apenas reprimido, y por fin al llanto. Grita, sumida en llanto.)

¡Mamá! ¡Mamá!

VIRGINIA.- (Fuera de escena, algo alarmada.) ¡Hija...!

ROSA.- (Igual.) ¡Mamá, ven...! Por favor, ven...

VIRGINIA.- (Entra en escena.) Rosa, hija mía, qué te pasa. ¿Quién era? ¿Qué te ha dicho? **(Abraza a su hija.)**

ROSA.- Mamá... he roto con Chema.

VIRGINIA.- ¿Con Chema? ¿No se llamaba Claudio?

ROSA.- Con Claudio rompí el sábado pasado. Por eso estaba yo aquí cuando cenaste con tus amigos.

VIRGINIA.- Empieza a ser difícil ponerse al día contigo. Esto parece el fichero de altos cargos.

ROSA.- Mamá, perdóname. No volveré a decirte cosas como antes. Es que a veces me sale así...

VIRGINIA.- Ni yo a ti, hija. Eres mayorcita, has estado casada, eres una mujer libre.

ROSA.- Me gustaría serlo un poco menos.

VIRGINIA.- No me extraña que digas eso. La libertad tiene que servir para algo, si no, no sabe una qué hacer con ella. **(Toma a ROSA del hombro y la lleva hasta un sofá, donde se reclina sobre su madre, ovillada, protegida.)**

ROSA.- Mamá, creo que intento enamorarme de gente a la que nunca podré querer. Son como ese marido mío. ¿Con cuántos he salido desde que he vuelto? ¿crees que encontraré alguien y me enamoraré de él?

VIRGINIA.- Tal vez es que el amor, al que podemos echar de menos, no hay que salir a buscarlo. El amor es hermoso, pero necesita burlarnos un poco. Pero la peor burla es cuando juega contigo al escondite, cuando se esconde de entre tus manos. Aunque, a decir verdad, me temo que intentas enamorarte en un medio poco adecuado.

ROSA.- Mis amigos son unos necios, ¿no crees?

VIRGINIA.- No soy yo quien dice eso, no lo permita Dios. Que eres capaz de criticar a los míos, mucho más vulnerables.

ROSA.- Ninguna de las dos tenemos amigos.

VIRGINIA.- Ahora que lo dices, tal vez tengas razón.

ROSA.- Los míos son para distraerme. Me gustan, les gusto.

VIRGINIA.- No es porque seas mi hija, pero estás muy buena.

ROSA.- Lo que no entiendo es por qué no sales ya con nadie. Antes te acostabas con todos.

VIRGINIA.- Mujer, tanto como con todos... A ver si me has tomado como modelo sólo por lo que te has figurado.

ROSA.- Conmigo no tienes que disimular, mamá. Te has divertido. Como me estoy divirtiendo yo. Recupero el tiempo perdido.

VIRGINIA.- ¿Estás segura de estarlo recuperando?

(Un breve silencio. Se miran.)

ROSA.- Claro que no. Lo estoy perdiendo, como... (Se detiene.)

VIRGINIA.- Dílo, dílo. Es la verdad. Lo estás perdiendo, como yo lo perdí cuando... cuando me acostaba con todos. Y, fíjate, de eso no hace tanto. Tenía tiempo de dejarme el pellejo en un despacho, de leer algo, de ir al cine y de acostarme con todos.

ROSA.- Y de cuidar a una hija.

VIRGINIA.- Creo que no la cuidé tanto. Se casó y se fue.

ROSA.- Se casó con quien no debía y se fue de casa, al revés de lo que hacen los chicos de ahora, que se quedan a chupar del bote.

VIRGINIA.- Eso me lo has copiado a mí.

ROSA.- ¿Por qué querías que me quedara?

VIRGINIA.- Me hubiera gustado que te fueras, pero con un hombre de verdad, no con un muñeco como ese...

ROSA.- Carlos es un muñeco muy guapo.

VIRGINIA.- ¡Qué lástima que te casaras con él! Podríais haber convivido algún tiempo, y luego, ¡adiós, muñeco guapo!

ROSA.- Al fin y al cabo es lo que he hecho. Sí, ya sé, lo que no me perdonas es que yo insistiese en casarme por la iglesia, con vestido, banquete y todo.

VIRGINIA.- Es posible que si ahora hubieses vuelto sin ese estigma, no me parecería tan dramático.

ROSA.- No es dramático. Aunque nos lo parezca a ti y a mí, y por razones muy distintas, no es dramático.

VIRGINIA.- (Cita.) «La tragedia nuestra no es tragedia».

ROSA.- (Sigue el juego de su madre.) «Pues algo será».

VIRGINIA.- «El esperpento».

(Ríen ambas, como si el pesar se hubiese disuelto. Ahora continúan risueñas, y hasta burlonas, como si les hubiese ganado el optimismo.)

De todas maneras, no me parece mal que te quieras enamorar.

ROSA.- Ni a mí que te acuestes con todos.

VIRGINIA.- Lo que sí me inquieta es que puedas volver a casarte con un muñeco guapo.

ROSA.- No temas. La próxima vez te consultaré. Escucharé tu dictamen.

VIRGINIA.- ¿Con carácter vinculante o sólo consultivo?

ROSA.- No puedo decírtelo. Te sentirías tentada a abusar de mí.

VIRGINIA.- No es fácil abusar de ti. Y, si no, que se lo pregunten a esos incautos que te invitan a dar paseos en sus relucientes automóviles.

ROSA.- ¿Qué pueden hacer esos pobres? Tú tienes mecanismos mucho más poderosos. Eres madre.

VIRGINIA.- Tu madre.

ROSA.- Doblemente temible, como madre y como mi madre.

VIRGINIA.- ¿No se puede aplicar algo por el estilo a las hijas?

ROSA.- Todo el mundo sabe que las hijas son víctimas.

VIRGINIA.- ¿Ah, sí? ¿Y quién lo sabe? Eso era antes. Y en medios muy distintos. Ahora, las víctimas, está clarísimo para quien no se deje llevar por la ceguera, son las madres.

ROSA.- Sutiles disputas. ¿Qué importa? **(En una repentina e inesperada transición. Maternal.)** Dime, ¿te sientes mejor?

VIRGINIA.- **(Sorprendida por aquella pregunta, reacciona con estentórea ironía.)** ¿Cómo...? ¡Oh, sí! Gracias a ti he dejado de llorar. Me siento mucho mejor, gracias.

(Se echan ambas a reír ruidosamente. Les interrumpe el timbrado del teléfono. VIRGINIA casi en un grito, antes de que ROSA pueda acudir a descolgar.)

¡Es para mí!

(Se miran, y la evocación de la escena de antes les lleva a echarse de nuevo a reír. VIRGINIA al aparato, con restos evidentes de hilaridad.)

Dígame. [...] Nada importante, no he podido llamarte antes porque estaba aquí, con mi hija, que me tiene muy preocupada.

(Ambas reprimen la risa.)

No sabes lo que son los hijos. [...] ¡Ah! ¿Que sí lo sabes? [...] ¡Por favor, Fernando! Esos no son hijos tuyos. Di mejor que sabes lo que son los sobrinos. [...] Claro, claro. ¿Sabes lo que he pensado? **(Mira a ROSA, con complicidad.)** Que cenaremos aquí, en casa. ¿Y sabes quién cenará con nosotros? Mi hija, precisamente.

(ROSA se levanta, sorprendida. Mira a su madre, aún bajo los efectos de la irresistible comicidad que tanto las hacía reír hace un rato.)

VIRGINIA.- ¡Ah, vaya, te apetece ver a la niña...! Te advierto que se la puede mirar, pero está prohibido tocar.

(Ahora, la madre y la hija se desternillan de risa. VIRGINIA sin preocuparse de reprimir sus carcajadas.)

¿Cómo? [...] Pues claro que estoy sola. ¿Con quién voy a estar? [...] Entonces, quedamos el sábado de la semana próxima, ¿de acuerdo? [...] ¿Cómo? ¿Agricultura? Si no hay más remedio, de acuerdo. Pero, la verdad, preferiría otro ministerio. En Agricultura estamos muy mal vistos los enseñantes. No tanto como en el Ministerio de Educación, desde luego.

(Nuevas risas de madre e hija.)

[...] Pero si no me pasa nada. [...] ¿Desconocida? ¿Desconocida porque me río un poco? ¡Qué cosas tienes, Fernando! [...] Nos llamamos, entonces. Y a ver qué pasa con eso de Agricultura. [...] Otro para ti.

(Cuelga. Lanza un suspiro, que no se sabe si es de alivio o de indiferencia. Madre e hija se miran.)

ROSA.- Ya está bien. ¿No te parece que nos hemos reído bastante? ¿Cómo nos podemos reír tanto sabiendo que el abuelo...?

VIRGINIA.- Deja en paz al abuelo. Eligió su destino. Lo que él quería.

ROSA.- Lástima que no nos consultara.

VIRGINIA.- No nos consultó porque le hubiésemos dado un informe negativo.

ROSA.- ¿Vinculante?

VIRGINIA.- Desde luego. Era muy suyo, pero si pedía consejo, se sentía obligado a seguirlo.

ROSA.- Qué lástima. Me gustaría tenerlo aquí, ahora. Le haría preguntas.

VIRGINIA.- Yo le hice un buen montón antes de... de aquello. Así, que, si quieres, podemos seguir riéndonos. A él le encanta que nos riamos.

ROSA.- Quieres decir que le encantaría, o que le encantaba...

VIRGINIA.- Sí, eso quiero decir. Le encantaría que nos riésemos.

ROSA.- ¿Cómo sabes que voy a aceptar la invitación a esa cena de conspiradores?

VIRGINIA.- Porque has roto con Claudio.

ROSA.- Con Chema, quieres decir.

VIRGINIA.- Eres libre. Puedes cenar con nosotros. Te vendrá bien, en tu repentina soledad.

ROSA.- Pero queda más de una semana. De aquí a entonces ya tendré otro novio.

VIRGINIA.- Puedes traértelo también. Somos varios carrozas, gente curiosa con la que uno puede reírse un rato y aprender algo de pequeñas conspiraciones palaciegas.

ROSA.- No hay que adelantar acontecimientos. **(Se levanta.)**

VIRGINIA.- Y ahora, ¿dónde vas?

ROSA.- A mi cuarto. Quiero llorar un poco a solas. ¿No te importa quedarte sin mí?

VIRGINIA.- Intentaré arreglármelas. Acudiré a cualquier remedio. Qué sé yo. Tal vez me ponga a hablar sola, según mi costumbre. Eso sí, para hablar sola necesito tener la completa seguridad de que nadie me escucha.

(Espera una reacción amable de su hija, pero se produce lo contrario.)

ROSA.- ¿Sabes, mamá? No me hace ninguna gracia. Me entristece mucho verte así. ¿Qué pensarías si yo me pusiese a mantener conversaciones sola, hablando con los muebles, en el vacío? Pensarías que estoy loca, ¿no? Y te inquietarías por mí, supongo... ¿O supongo mal?

(Se miran en silencio. VIRGINIA está desagradablemente desconcertada. ROSA, de todas formas, no parece demasiado convencida de lo que acaba de decir. Menea la cabeza, negando. Y parece intentar otro tipo de explicación.)

Mamá, hay algo que me inquieta. ¿No seremos unas frívolas?

VIRGINIA.- (Cómicamente grave.) Esto es inaudito. No sé cómo puedes pensar una cosa así.

(En esta ocasión, VIRGINIA consigue hacer reír a su hija. Y ella la acompaña de muy buena gana.)

ROSA.- (Dominando su risa.) Me voy. Eres imposible.

VIRGINIA.- Antes de irte... Me gustaría dejar descolgado el teléfono durante un rato, ¿no te importa?

ROSA.- ¿Por qué iba a importarme?

VIRGINIA.- Por si alguien te llama... con el fin de recomponer lo que tal vez no esté tan roto como tú crees.

ROSA.- ¿Para recomponerlo? La sola posibilidad me produce escalofríos. Descuelga cuanto antes, por favor.

VIRGINIA.- (Descuelga.) A veces eres algo más que comprensiva.

ROSA.- A veces parezco cómplice. Cuidado. Lo parezco, pero no lo soy. **(Sale de escena.)**

VIRGINIA.- ¡Cómo les gusta parecer duras! Debe de ser la herencia de las películas, desde Escarlata O'Hara hasta Sharon Stone.

(Repentinamente, al fondo, aparece EL PADRE de VIRGINIA. Ella está fija en la puerta por donde ha salido ROSA y no le ve. Es él quien se hace notar al seguir el comentario de VIRGINIA.)

EL PADRE.- Tú eras así a su edad.

VIRGINIA.- **(Se vuelve. Emocionada.)** ¡Papá...!

(Se miran unos instantes, en silencio, sin moverse cada uno de su sitio.)

Iba a llamarte.

EL PADRE.- Esa moda la empezasteis vosotros. Queríais ser duros. Y, a cambio, también queríais ser generosos.

VIRGINIA.- Y quién sabe si ahora no hemos descubierto que somos precisamente lo contrario. **(Transición.)** ¿Estabas escuchando?

EL PADRE.- **(Se disculpa.)** No, no te aseguro que no. Sólo el final.

VIRGINIA.- Pero nunca has venido sin que te llamara.

EL PADRE.- En este caso es algo especial.

VIRGINIA.- **(Aún en su idea, desarrollada todavía más por las palabras de su PADRE.)** Tengo que preguntarle a Fernando si él cree que no somos ni duros ni generosos. Es probable que nunca se lo haya planteado. **(De repente, como si temiera que su PADRE sospechara algo sin motivo.)** Te aseguro que no tengo ninguna historia con Fernando.

EL PADRE.- Lo sé.

VIRGINIA.- ¿Por qué lo sabes?

EL PADRE.- Me lo habrías contado. Yo nunca te espío.

VIRGINIA.- Cada época tiene sus propios espejos favoritos, ¿no crees?

EL PADRE.- Tal vez. Cada época... Y es la edad la que los rompe.

VIRGINIA.- ¿Cuándo rompiste tú tus espejos?

EL PADRE.- Se rompieron solos. O los rompieron los demás. Lo vuestro es distinto. Debe de ser producto de eso que tú llamabas el tiempo histórico acelerado. Una misma generación adopta unos ídolos y luego los destruye. Quién sabe si no tendréis tiempo hasta de añorarlos.

(**VIRGINIA mira de repente, preocupada, hacia la puerta por la que se marchó ROSA. Va hasta ella y observa en aquella dirección. Cierra la puerta.**)

VIRGINIA.- No quiero que vuelva a sorprenderme hablando sola.

EL PADRE.- ¿Hablando sola?

VIRGINIA.- Sé lo que me digo... (**Sin moverse del sitio, mirando a su PADRE.**) Quisiera abrazarte, papá...

EL PADRE.- (**Como ante un capricho infantil de imposible cumplimiento.**) No puede ser... Ya es demasiado que hasta ahora haya podido venir a verte.

VIRGINIA.- Es tu quinta visita...

EL PADRE.- No quisiera decirlo, pero ahí va: esta visita es la última. A partir de ahora ya no puedo ser tu invitado.

VIRGINIA.- (**Horrorizada.**) ¡Cómo!

EL PADRE.- (**Intenta tranquilizarla.**) Podremos seguir comunicándonos, al menos durante cierto tiempo. Pero esto se acabó... (**Ante la desolación de su hija.**) Si no, eso de morirse sería un cachondeo. Hala, yo me muero, pero seguimos viéndonos de visita. Morirse es algo mucho más serio.

VIRGINIA.- Entonces tendremos que decírnoslo todo ahora.

EL PADRE.- Te insisto en que sí nos podremos comunicar.

VIRGINIA.- ¿Cómo?

EL PADRE.- Con golpecitos, como cuando me llamas. Dos golpecitos, llamada. Tú me preguntas. Yo respondo: un golpe significa *sí*. Dos golpes: *no*. Tres golpes: *no sé*. Y podemos hacerlo más complejo.

VIRGINIA.- (**Desolada.**) ¿Y ahora qué voy a hacer?

EL PADRE.- Siempre será mejor que morirme del todo.

VIRGINIA.- Tú no has muerto. Te quitaste de en medio.

EL PADRE.- Tenía mis razones íntimas. No me lo reproches ahora que he muerto, o que me quitado de en medio, que para el caso es lo mismo.

VIRGINIA.- ¿Y si yo hiciera lo mismo, qué iba a ser de Rosa?

EL PADRE.- (**Alarmado, firme.**) ¡Ah, eso sí que no! ¡Te lo prohíbo! ¡No se te ocurra aparecer por allí dejando plantada a Rosa!

VIRGINIA.- ¿Y entonces qué hago? ¿Llévame para que no sufra sin mí, la pobre?

EL PADRE.- Esa niña tiene toda la vida por delante. Tiene que ser feliz. Y tú también puedes serlo todavía. Si no haces tonterías.

VIRGINIA.- ¿Qué tonterías?

EL PADRE.- ¿Cómo va la tesis?

(**VIRGINIA no responde.**)

Me lo temía. Ese entusiasmo me dio muy mala espina. Por la Universidad no te pregunto.

VIRGINIA.- Agobiante. Qué error fue no hacer caso de tus consejos cuando todavía era posible...

EL PADRE.- ¿Qué consejos?

VIRGINIA.- Los que me diste de joven. ¿Estudiar historia? No hagas eso, niña, es una carrera que no sirve para nada.

EL PADRE.- ¿Eso dije? No lo recuerdo. Qué falta de respeto la mía.

VIRGINIA.- Fue un consejo sabio, tanto que no lo supe comprender.

EL PADRE.- ¿Y la política?

VIRGINIA.- Ah, eso... Expectativas razonables en Agricultura.

EL PADRE.- ¿Y qué vas a hacer tú en Agricultura?

VIRGINIA.- Es cosa mía. Ahora me preocupa más tu ausencia que un nombramiento.

EL PADRE.- Mira, Virginia, eso es muy bonito de oír, pero no es nada fácil de creer, conociéndote como te conozco. Soy tu padre.

VIRGINIA.- Es decir, que no me preocupa tu ausencia...

EL PADRE.- Claro que te preocupa, hija, pero no tanto como... **(Se detiene, pudoroso.)**

VIRGINIA.- Dílo, dílo... Como verme alejada del poder. Es como si la niña y tú os hubieseis puesto de acuerdo. Una división del trabajo. Para ella, estoy ávida de un puesto a dedo. Para ti, del poder. O de su simulacro.

EL PADRE.- Simulacro. Sí, tal vez tengas razón.

VIRGINIA.- No es la esencia ni siquiera la apariencia lo que nos fascina a mis compañeros y a mí. Es el simulacro. Hoy se acumulan las reflexiones sobre mi generación. Será que estamos envejeciendo.

EL PADRE.- Tal vez pueda hacer algo por ti. Aunque no en ese terreno... **(Se detiene. No desea aclarar más su vaga promesa.)**

VIRGINIA.- Explícate.

EL PADRE.- No puedo. Lo verás por ti misma. Algo se podrá hacer para aliviar la carga de tu vida, esa que, al morirme, me he negado a compartir contigo. **(Se le advierte inquieto, apresurado.)** Y ahora...

VIRGINIA.- ¿Tienes prisa por irte?

EL PADRE.- Tengo que marcharme en seguida. Antes me gustaría decirte que me preocupa Rosa. ¿Cómo le consientes ciertas cosas en tu propia casa?

VIRGINIA.- Caramba, todo el mundo se preocupa por los demás. Soy incapaz de prohibirle eso que te preocupa.

EL PADRE.- También me preocupas tú, no creas. Pero es que los muertos se preocupan por todos los allegados que siguen vivos. Yo siempre he tenido confianza en ti, ¿por qué iba a ser distinto ahora? Siempre has sido fuerte... (**Impaciente, se está demorando.**) Tengo que marcharme.

VIRGINIA.- Se supone que eres mi invitado. Hoy no has tomado nada...

EL PADRE.- No tengo tiempo.

VIRGINIA.- Quisiera hacerte preguntas teológicas.

EL PADRE.- Sabes que eso es como los abrazos, no se puede.

VIRGINIA.- Alguna circunstancia sobre lo ultraterreno...

EL PADRE.- Sólo puedo decir que no existe la eternidad, según me han informado. Debe de ser porque todo tiene un límite. Ah, se me olvidaba: y que *nosotros* existimos mientras alguien vivo puede evocarnos en su memoria. Por esa razón nuestro destino es difuminarnos dulce, lentamente, como una música que se extingue o como un crepúsculo de estío. Yo existo por ti.

VIRGINIA.- Entonces tendré que aplicarme. Quiero que sigas existiendo. Pero, si yo faltase, está Rosa... Las dos seguiremos pensando en ti...

(VIRGINIA, de espaldas a la puerta que clausuró antes, no ve que ésta se abre. Tampoco su PADRE lo advierte, algo ajeno a la escena, como si ya hubiese partido. ROSA penetra en el despacho de su madre, queda desagradablemente impresionada por el nuevo «monólogo» de VIRGINIA -es evidente que no percibe a su abuelo- y se apresura a ocultarse tras la segunda puerta, no sin dejar de escuchar algunas de las siguientes palabras.)

Es lo más natural. A ella no tengo ni que decírselo. Se acuerda de ti muy a menudo. Te echa de menos. Ese crepúsculo tuyo va a durar bastante. Nunca se me habría ocurrido: existir es ser recordado. No debo tener mentalidad filosófica. En cambio, Sergio lo hubiera comprendido mucho mejor que yo. Sergio... ¿existe Sergio?

(Silencio de EL PADRE.)

Tiene que existir, aunque sea algo difuminado, como tú dices. Y también existirá Gabriel, más difuminado aún...

EL PADRE.- Tengo que irme... Podrás hacerme más preguntas.

VIRGINIA.- Pero ya no será lo mismo. Ese código no me gusta nada. Es frío. ¿Y quién me garantiza que serás tú quien responda con esos golpes?

(A estas alturas, ROSA ya ha desaparecido por la segunda puerta.)

EL PADRE.- Lo averiguarás muy fácilmente. Pero, antes de irme, hay que ensayarlo. Llamada. (VIRGINIA golpea: dos semicorcheas.) Respuestas mías. No. (VIRGINIA: dos golpes.) Sí. (VIRGINIA: un golpe.) No sé. (VIRGINIA: tres golpes.) Está bien, hija. Piensa alguna combinación más. La próxima vez la ensayaremos, y nos servirá en adelante.

VIRGINIA.- ¿Cuándo será la próxima vez?

EL PADRE.- No lo sé. Tú llama. Ya acudiré. Mientras tanto...

VIRGINIA.- Mientras tanto, intentarás hacer algo para aliviar la carga de mi existencia. Lo has prometido, aunque no me digas de qué se trata...

EL PADRE.- No confíes demasiado en mis posibilidades. Sólo en mis buenas intenciones...

VIRGINIA.- Esas otras visitas... con ese código, con esos golpes... también tendrán un límite, ¿verdad que sí?

EL PADRE.- Sí... claro que lo tendrán. Eso me han dicho...

VIRGINIA.- Está bien, te dejo marchar. Veo que te estoy importunando.

EL PADRE.- Hasta pronto, Virginia.

VIRGINIA.- Hasta pronto, papá.

(Ha desaparecido EL PADRE. Sin ningún deseo de llorar, resignada y dispuesta a superar su abatimiento, VIRGINIA «borra» con sus manos cualquier gesto abrumador de su rostro. Mira hacia el punto donde estaba su PADRE. Después va hacia la puerta que lleva a las dependencias del resto de la casa. Abre. Sale de escena. A los pocos segundos, surge ROSA. Comprueba que no está allí su madre. Mira el retrato del PADRE. Se dirige hacia la urna que hay al pie de la falsa chimenea. Es evidente ya que la urna contiene las cenizas del anciano.)

ROSA.- (Con resignada sonrisa, sin énfasis, sin dramatismo, con su poquito de ternura.) ¿Sabes, abuelo? Mamá está loca. De remate. No creo que sea una locura peligrosa, pero es una pena verla así. Se pasa horas enteras hablando sola. Desde hace dos meses, desde que tú... desde que tú te fuiste. Ya es la tercera vez que la sorprendo así. Ahora mismo, hace un rato, estaba hablando sola como si tuviese alguien en frente. ¿Y sabes lo que me pareció? Que hablaba contigo. Sí, contigo...

(Un silencio. ROSA mira fijamente la urna.)

TELÓN

TRES

Antes de dar comienzo el tercer cuadro, escuchamos una nueva carta. Es la voz de ese JOSÉ MARÍA que aún no conocemos.

JOSÉ MARÍA.- (*Off.*) Querida Virginia: hace ya un año que estoy aquí. No me ha sido posible volver a Europa durante las vacaciones. Winnie quería que conociese el país y hemos dedicado el verano a recorrerlo. Lo malo ha sido que, además del país, ambos nos hemos conocido demasiado bien el uno al otro. Creo que no hay nada que hacer. Aquello se convirtió en un martirio a partir del cuarto o quinto día. Del viaje y de nuestra relación puede decirse eso que aquí se repite tan a menudo: fue hermoso mientras duró.

(Cesa la voz en *off* y se alza al poco rato el telón. En escena, VIRGINIA y ROSA. Sobre la chimenea, el retrato de quien se llamó Gabriel. En una mesa, una cena fría de dos personas. ROSA se dispone a salir. Lleva un lindo modelo veraniego que realza su belleza. También VIRGINIA está elegante, pero se limita a admirar a su hija, que se mira al espejo sólo por darle gusto a VIRGINIA.)

VIRGINIA.- Hoy le vas a gustar más que nunca.

ROSA.- ¿Crees que eso me hace ilusión?

VIRGINIA.- Con este chico ya llevas saliendo mucho tiempo. Ten cuidado.

ROSA.- No hay peligro. No me voy a enamorar de Giorgio.

VIRGINIA.- Los italianos son tan guapos...

ROSA.- Este lo es mucho menos. A cambio, es bastante inteligente.

VIRGINIA.- Más a mi favor. A las mujeres no nos gustan los guapos. A las mujeres inteligentes, quiero decir. Pero nos chiflan esos otros.

ROSA.- Yo no soy inteligente. No necesito mirarme en un hombre así. Además, no tengo imaginación. Tal vez por eso no me enamoro de nadie.

VIRGINIA.- Aún es pronto. Estás bajo los efectos de... (**Se detiene.**)

ROSA.- ¿De un trauma conyugal? Eso fue el invierno pasado.

VIRGINIA.- Hace sólo seis meses.

ROSA.- Pasan de siete. A mi edad, siete meses es mucho tiempo. Lo que pasa es que intento consolarme como puedo.

VIRGINIA.- (**Con intención.**) Me consta que sí.

ROSA.- (**En guardia.**) ¿Qué quieres decir?

VIRGINIA.- No tiene importancia.

ROSA.- Puede tenerla. Habla claro.

VIRGINIA.- (**Ante un detalle en el modelo de su hija.**) ¿Y esta arruga?

ROSA.- Sé a lo que te refieres. Te molesta que me haya querido acostar con Fernando.

VIRGINIA.- Ya que lo dices, te diré que así es.

ROSA.- Pero él se negó. Supongo que lo hizo por ti.

VIRGINIA.- Fernando y yo no tenemos nada que ver en ese sentido.

ROSA.- Entonces fue por mí, por no abusar de esta pobre jovencita descarriada.

VIRGINIA.- En el fondo, fue por él. Tú le propusiste ir a su casa.

ROSA.- Veo que te ha dado detalles.

VIRGINIA.- Pero en su casa está su mujercita.

ROSA.- Podía haberme llevado a un hotel.

VIRGINIA.- Debió de parecerle sórdido.

ROSA.- Venga, mamá. Sabes tan bien como yo que hay hoteles sórdidos y hoteles de los otros.

VIRGINIA.- ¿Tanta experiencia de hoteles tienes?

ROSA.- Es mejor el amor en hoteles que en un despacho.

VIRGINIA.- (**Irritada.**) ¿Qué quieres decir con eso?

ROSA.- (**Con fastidio.**) Nada especial, mamá.

(Se miran en silencio. Por fin, ROSA parece prestar atención a su vestido.)

La arruga no se nota. Además, es de noche.

VIRGINIA.- (Acepta la tregua.) Todavía no. Ahora anochece muy tarde.

ROSA.- Cuando llegemos al restaurante, será de noche.

VIRGINIA.- Los restaurantes suelen estar muy iluminados.

ROSA.- Este, no.

VIRGINIA.- (Se da por vencida.) ¿Cuándo lo vas a traer?

ROSA.- Parece mentira. Antes te oponías a mi relación con Carlos. Y ahora quieres que me comprometa cuanto antes.

VIRGINIA.- ¿Vas a reprocharme ahora lo de Carlos? No, no quiero que te comprometas, pero me gustaría conocer a tus amigos.

ROSA.- ¿A todos?

VIRGINIA.- Por lo menos a los que duran más de un mes.

ROSA.- Prefiero a Giorgio a cualquier otro. Por lo menos no me aburre. No vamos a discotecas ni está loco por los coches o las motos, no le preocupa el dinero hasta el delirio, no es pedante ni narciso...

VIRGINIA.- Aparte de esas cosas que no hace, hará algo para no aburrirte, digo yo.

ROSA.- ¿La cama? Puede pasar, pero no es para volverse loca.

VIRGINIA.- Nadie es perfecto. Tendrá una conversación animada.

ROSA.- Y variada. De gran interés. Ya te he dicho que es muy inteligente. Pero las cenas que menos me aburren son las de tus amigos.

VIRGINIA.- La de hoy no es lo mismo.

ROSA.- Lo sé. Por eso me voy.

VIRGINIA.- Pensé que te ibas porque te apetecía salir con Giorgio.

ROSA.- Me apetece salir con Giorgio porque sé que a ti te apetece quedarte sola. Es la primera vez que cenas en casa con una sola persona. No temas, no voy a volverte a preguntar quién va a venir.

VIRGINIA.- Ya te he dicho que... que no le conoces.

ROSA.- Mientes muy mal, mamá.

(Al fondo aparece, sin que sepamos cómo, un hombre de unos cincuenta años vestido de una manera francamente inactual. Ellas no lo advierten.)

Pero estás mejorando. En serio. Ya no hablas sola.

VIRGINIA.- (Admite con ironía tal condescendencia.)
Menos mal...

ROSA.- Por lo menos en voz alta.

VIRGINIA.- (Jocosamente decepcionada.) Voy por buen camino, ¿no crees?

ROSA.- Eso eres tú quien tiene que creerlo.

VIRGINIA.- Lo intentaré. No quiero ser una carga para ti.

ROSA.- A propósito. Soy yo quien va a dejar de ser una carga para ti. No es que me vaya a ir de casa, es que he encontrado un trabajo.

VIRGINIA.- ¿Por qué no me lo has dicho antes?

ROSA.- Porque me han fallado demasiados intentos. Pero esta vez ha salido. Tengo un trabajo. Soy una privilegiada.

VIRGINIA.- (Como sin darle importancia.) ¿Y no sería mejor que terminases tus estudios antes de ponerte a trabajar?

ROSA.- Los terminaré, no hay prisa.

VIRGINIA.- ¿Es un trabajo interesante?

ROSA.- Por supuesto que no. ¿En qué país crees que vivimos? Es un trabajo, y ya puedo darme con un canto en los dientes.

VIRGINIA.- ¿Mal pagado?

ROSA.- Desde luego.

VIRGINIA.- ¿Buen horario?

ROSA.- Horrible. Mañana y tarde.

VIRGINIA.- ¿Y cuándo vas a estudiar?

ROSA.- Ya encontraré tiempo. Por el momento, voy a disfrutar de mis últimos días de invitada tuya, de hija de mamá. Supongo que, a pesar de todo, los echaré de menos. Ya hablaremos, te contaré en qué consiste mi trabajo, cuando yo misma me entere.

VIRGINIA.- ¿Sabes lo que pienso?

(Se vuelve y ve al hombre. Pequeña sorpresa. Lo esperaba, aunque no tan pronto. Pero es suficiente para que se imponga una pausa. Pausa que ROSA se apresura a llenar.)

ROSA.- (Al comprobar que su madre, de espaldas a ella, ha callado de repente.) No, no lo sé. Pero deberías pensar en otras cosas. Tu tesis está estancada.

VIRGINIA.- (Se vuelve hacia su hija. De pronto, acude a mirarse al espejo.) ¿Qué esperabas? Creí que iba a dar la campanada y resulta que no tengo nada nuevo que decir. ¡Ah, ya recuerdo! Vas a trabajar en un bufete.

ROSA.- Muy perspicaz, mamá.

VIRGINIA.- ¿Y te admiten faltándote aún casi dos cursos para acabar la carrera?

ROSA.- Claro que sí. Creo que el jefe pretende acostarse conmigo.

VIRGINIA.- (Indignada.) ¿No me digas que...?

ROSA.- No. No pienso acostarme con él. Soy de esas chicas que pueden acostarse con todos, excepto con quienes les dan algo a cambio. ¿Te tranquilizo?

VIRGINIA.- Francamente, sí. Conozco algunas que son algo más venales.

ROSA.- ¿De tus tiempos?

VIRGINIA.- Y de los tuyos.

ROSA.- Cada cual es como es. Y en el fondo te alegras de que yo sea como soy, no lo niegues.

VIRGINIA.- Tan dura. Por lo menos, aparentemente. ¿Qué va a pasar cuando ese jefe tuyo se sienta defraudado?

ROSA.- Déjalo de mi cuenta.

(Se oye un claxon, fuera.)

VIRGINIA.- Es Giorgio...

ROSA.- (Sin gran apresuramiento, ROSA acude a la ventana. Se asoma, saluda sonriente, encantadora y grita:) *Giorgio, aspetta. Stò colla mamma. (Vuelve dentro.)* Me marcho.

VIRGINIA.- Por lo menos, con éste practicas idiomas.

ROSA.- (Burlona.) Con los otros también, ¿qué te habías creído?

(Sorpresa de VIRGINIA, que no puede reaccionar. ROSA besa a su madre.)

Espero que no te haga esperar tu invitado.

VIRGINIA.- (Se le escapa una furtiva mirada hacia el hombre, que sigue contemplándolas.) Estoy segura de que no.

ROSA.- *Ciao, mamma. Ritorno tarde, capisci?*

VIRGINIA.- *Capisco bene, abbastanza bene.*

(Mutis de ROSA. EL INVITADO y VIRGINIA se miran en silencio.)

Has llegado pronto.

EL INVITADO.- (Muy sorprendido.) ¿Me estabas esperando?

VIRGINIA.- He preparado una mesa para dos.

EL INVITADO.- (Comprende.) Ha sido tu padre, ¿verdad?

VIRGINIA.- Sí, y no. Conseguí arrancarle, en ese idioma que utilizamos ahora, que me preparaba una sorpresa. Un invitado. Tenías que ser tú.

EL INVITADO.- Podía haber sido... otro.

VIRGINIA.- Pero has sido tú, como yo esperaba. Tenías preferencia.

EL INVITADO.- Una simple cuestión de cronología.

VIRGINIA.- No sólo eso. Eres el padre de Rosa.

EL INVITADO.- Claro. Y eso me concede un privilegio.

VIRGINIA.- Esa es, además, la razón de que te hayas apresurado a venir tan pronto. Querías verla a ella, no sólo a mí.

EL INVITADO.- Sigues siendo muy perspicaz. Sí, me ha sido permitido contemplar unos segundos a mi hija. ¿Por qué no iba a aprovecharlos?

VIRGINIA.- ¿Cómo la encuentras?

EL INVITADO.- Es preciosa.

VIRGINIA.- ¿Estás orgulloso de ella?

EL INVITADO.- Claro que sí.

VIRGINIA.- ¿A pesar de todo?

EL INVITADO.- ¿A pesar de qué...?

VIRGINIA.- No sé... De lo que has oído.

EL INVITADO.- He oído poca cosa. Acababa de... *llegar*. (Se queda mirando su propio retrato, sobre la chimenea.) Gracias por el detalle. Es una bonita ampliación.

VIRGINIA.- ¿Recuerdas esa fotografía?

EL INVITADO.- Claro. La hiciste tú. Después de disparar, me abrazaste.

VIRGINIA.- Y ahora, sé que no te puedo abrazar...

EL INVITADO.- Lo lamento.

VIRGINIA.- Yo también.

(Se miran, inmóviles.)

EL INVITADO.- No parece una muchacha fácil de manejar.

VIRGINIA.- Y no has visto nada. Tu hija demuestra un dominio de la ironía poco habitual a su edad. (**Evocadora.**) Rosa tenía sólo cuatro años al morir tú.

EL INVITADO.- ¿Se acuerda de mí?

VIRGINIA.- Ella dice que sí.

EL INVITADO.- Lógicamente, se acordará más de Sergio.

VIRGINIA.- Lógicamente. ¿No estarás dolido por ello?

EL INVITADO.- No. Ya sabes que perdemos los celos por el camino.

VIRGINIA.- Sí, algo parecido me ha dicho papá, pero...

EL INVITADO.- Pero es algo tan humano que no acabas de creerlo...

VIRGINIA.- No acabo de comprenderlo.

EL INVITADO.- En aquel entonces tú no parecías celosa.

VIRGINIA.- Porque estaba mal visto. Pero lo era. Y lo soy. Siempre lo he sido. Con mis maridos, con mi familia, con mis amigos... Y hasta en mi trabajo.

EL INVITADO.- Algo sospechaba entonces, pero conseguías convencerme.

VIRGINIA.- Te encuentro muy cambiado.

EL INVITADO.- Muy envejecido, quieres decir. ¿Qué creías? ¿Que me iba a presentar como en las últimas fotos que nos hicimos juntos? De eso hace demasiado tiempo. Hubiera corrido el riesgo de no parecer tu primer marido, sino tu sobrino.

VIRGINIA.- No habías cumplido treinta años.

EL INVITADO.- Para ser exactos, acababa de cumplir veintinueve. También es mala suerte, caramba. Nadie se muere tan pronto en estos tiempos.

VIRGINIA.- Te advierto, por si no lo sabes, que aquellos tiempos ya no son éstos.

EL INVITADO.- Me hago cargo. Es la aceleración del proceso histórico, como tú decías.

VIRGINIA.- Soy una anfitriona espantosa. No te he ofrecido nada de beber. Es la emoción. **(Se miran de nuevo en silencio.)** Gabriel, ¿quieres que te prepare uno de esos cócteles sin alcohol que tanto te gustaban?

EL INVITADO.- Ahora prefiero uno de los tuyos. El alcohol me sentaba mal, pero ya no tiene demasiada importancia.

(VIRGINIA sonrío con ternura y prepara unas bebidas.)

¿Cuánto tiempo ha pasado? Aunque te parezca sorprendente, carezco de noción del tiempo.

VIRGINIA.- El abuelo me ha preparado para comprenderlo. Han pasado casi veinte años. Ahora tendrías cerca de cincuenta.

EL INVITADO.- ¡Qué barbaridad! En nuestros tiempos se llevaba ser joven. Cincuenta eran demasiados años.

VIRGINIA.- Te ha sorprendido que no me asustase tu «aparición».

EL INVITADO.- **(Acepta.)** No sabía cómo hacerlo. Tenía que venir, pero no quería una escena de terror. Felizmente, el abuelo hizo lo que pudo... ¿Sabes? Me pareció increíble que tu padre... **(Se detiene.)**

VIRGINIA.- ¿Que mi padre se suicidara?

EL INVITADO.- Sí.

(VIRGINIA le entrega un vaso con bebida. Ella tiene otro. Brindan sin desviar su charla.)

VIRGINIA.- ¿Crees que yo consigo explicármelo?

EL INVITADO.- Yo sí me lo explico...

(VIRGINIA se vuelve hacia él, a la expectativa, algo hostil.)

Puedo asegurarte que él no me ha dicho nada.

VIRGINIA.- Tampoco a mí. ¿Cuál es esa explicación?

EL INVITADO.- (Evasivo.) Preferiría no hablar de eso...

VIRGINIA.- Si prefieres no hablar de eso es porque me va a afectar más de lo debido.

EL INVITADO.- (Como antes.) No, no... Soy tu invitado, y prefiero no hablar de cosas desagradables. Por lo menos, después de veinte años.

VIRGINIA.- Tal vez tengas razón. Pero ya me lo dirás. Una vez que has hablado no podrás callar siempre, ya me conoces.

EL INVITADO.- Te recuerdo muy bien. Tan tenaz. Eres catedrática, no hace falta que me lo digas.

VIRGINIA.- Ah, pero ¿no sabes...?

EL INVITADO.- No, no sé nada. Me tendrás que informar de todo. Creo deducir que mi hija y tú os lleváis muy bien. Que ella es un poco promiscua, algo que ya se llevaba bastante por aquellos tiempos...Tú y yo lo éramos. Fuimos de esas parejas que descubrimos los goces de la soltería después del matrimonio y de la paternidad. Por lo demás, nada sé. Sólo lo que acabo de ver. O lo que creo haber visto.

VIRGINIA.- ¿Ni siquiera me has visto envejecer?

EL INVITADO.- No. Esas cosas no nos están permitidas. Sólo alguna visita excepcional, como ahora.

VIRGINIA.- Y... ¿qué has pensado cuando me has visto?

EL INVITADO.- Supongo que lo mismo que tú cuando me has visto a mí.

VIRGINIA.- Pero lo tuyo es distinto... Quiero decir...

EL INVITADO.- Sí, yo soy un aparecido, mientras que tú eres una mujer de carne y hueso... por la que han pasado algunos años. No voy a hacerte cumplidos, pero es que me has sorprendido. Esperaba encontrarte mal.

VIRGINIA.- Esperabas encontrarme peor, quieres decir.

EL INVITADO.- Quiero decir lo que he dicho. Esperaba verte mal, y me encuentro una mujer que llevaba bastante bien sus... ¿cuántos años?

VIRGINIA.- Cuarenta y ocho.

EL INVITADO.- Eso quiere decir que yo tendría cuarenta y nueve. Estoy seguro de que no hubiese logrado llevar esos años tan bien como tú.

VIRGINIA.- Sin embargo, tu aspecto es espléndido.

EL INVITADO.- Pero, como tú misma has dicho, esto no es real. Es una proyección, probablemente favorecida. Lo han hecho lo mejor que han podido. **(Silencio.)** Ibas a explicarme por qué no eres catedrática...

VIRGINIA.- **(Vacilante, pero intentado parecer firme.)** Sí. He estado mucho tiempo fuera de la universidad.

EL INVITADO.- ¿Dónde?

VIRGINIA.- En un ministerio. **(Con autoironía.)** He sido alto cargo.

EL INVITADO.- **(Con desconcierto.)** ¿En un ministerio? Ahora comprendo lo que oí antes. Por eso ni siquiera has terminado tu tesis.

VIRGINIA.- Ahora soy yo quien no quiere hablar del asunto.

EL INVITADO.- Supongo que todo eso quiere decir que los nuestros prosperaron. Éramos tan poquitos entonces. Cabíamos en casa. Y, ahora, estás de nuevo en la enseñanza.

VIRGINIA.- **(Con resignación.)** Sí, lamentablemente... **(Dominándose.)** Juegas con ventaja. Yo sí que he vivido estos veinte años. Tú ni siquiera los has visto pasar.

EL INVITADO.- La verdad es que preferiría encontrarme en tu lugar. Pero no he venido a juzgarte. ¿Qué tiene de malo que te pregunte qué ha sucedido en estos años?

VIRGINIA.- Que tendría que explicarte demasiadas cosas. La política ha sido muy complicada.

EL INVITADO.- Detesto hablar de política. No sólo hablar, también escuchar.

VIRGINIA.- Estamos censurando demasiados temas.

EL INVITADO.- Háblame de la niña.

VIRGINIA.- No hay mucho que decir. O tal vez sí. Se casó. Se separó de su marido.

EL INVITADO.- **(Estupefacto.)** ¡Cómo!

VIRGINIA.- Qué sorpresa, verdad. ¡Cómo se nota que falleciste en 1974! Para entonces ya habíamos empezado, pero ahora se divorcia todo el mundo.

EL INVITADO.- ¿Cómo la dejaste casarse? ¡Casada y divorciada ya a los veinte años!

VIRGINIA.- Tu hija ha cumplido veinticuatro. Lleva siete meses separada. Ahora la mayoría de edad es a los dieciocho. Empiezo a darme cuenta de lo difícil que va a ser ponerte al día.

EL INVITADO.- ¿Y a esa edad no ha terminado aún sus estudios?

VIRGINIA.- Has escuchado más de lo que me figuraba. Tuvo que interrumpirlos. El amor, el matrimonio, los problemas del matrimonio... Es la permanente y radical alteración. Pero está a punto de recuperarse. Sólo le quedan dos cursos de derecho.

EL INVITADO.- Acaba de encontrar un trabajo, según parece. Aunque en condiciones no muy halagüeñas.

VIRGINIA.- Las cosas están muy mal.

EL INVITADO.- ¿Peor que en aquellos tiempos...?

VIRGINIA.- No. Es que... ya no pueden ser algunas cosas que entonces creíamos posibles.

EL INVITADO.- (Alarmado.) ¿Por ejemplo...?

VIRGINIA.- (Evasiva. Inquieta.) Eso que llamábamos pleno empleo. Y muchas cosas más...

EL INVITADO.- Está bien, está bien. Nada de política. Me parece, Virginia, que te has comportado con bastante negligencia con nuestra hija y contigo misma. Por lo que veo, te has dedicado a jugar a la política, y has descuidado tanto la vida de Rosa como la tuya.

VIRGINIA.- ¡Cómo! Eso parece un solo reproche, pero son dos. Primero: te diré que mi hija es libre y que hace lo que quiere, que es adulta, es inteligente y tiene capacidad de discernir entre el bien y el mal. ¿Quién soy yo para decirle lo que tiene que hacer o por dónde tiene que ir? Segundo reproche: soy negligente no sólo con mi hija, sino también conmigo. Para responder a eso tendría que ponerte al corriente de demasiadas cosas. He hecho lo que tenía que hacer, he hecho lo que se me ha pedido que haga. Y lo mismo que yo lo han hecho muchos. Mucha gente que se ha sacrificado por este país. Pero hay un tercer reproche, que no quisiste hacer antes. ¡Mi padre se fue voluntariamente de este mundo, tal vez porque no tenía nada que hacer en él con una hija como yo!

EL INVITADO.- No he venido a pedirte cuentas...

VIRGINIA.- ¡Quién lo diría!

EL INVITADO.- Pero es que me preocupa...

VIRGINIA.- ¡Te preocupa! A mi padre le preocupa, a Rosa le preocupa, a ti te preocupa. La única despreocupada soy yo, según parece. De un momento a otro me vas a decir que he sido una egoísta.

EL INVITADO.- De un momento a otro te voy a decir que tengo que marcharme.

VIRGINIA.- (**Desolada.**) Gabriel, por favor, eso no. ¡Esa crueldad, no! Nos llevábamos muy bien, ¿no recuerdas? Nos peleábamos, discutíamos, nos escapábamos el uno del otro cuando ya no podíamos más, pero no éramos crueles. (**Al borde de las lágrimas.**) ¡No me digas ahora que te vas sólo porque me estoy defendiendo! ¿No vamos a poder hablar de nada, has vuelto para que nos sonriamos sin decir una palabra más alta que otra?

EL INVITADO.- Lo lamento. Temí asustarte con mi llegada. Y ahora...

VIRGINIA.- Lo que me asusta es, precisamente, que decidas marcharte...

EL INVITADO.- Y alguna otra cosa...

VIRGINIA.- (**Cierra los ojos. Acepta, resignada.**) También.

EL INVITADO.- ¿Crees que a mí no me asusta? Es como si siguiéramos siendo un matrimonio. Tengo la impresión de haberme escapado de casa y, al volver al cabo de ese tiempo, ser tan impúdico como para pedirte responsabilidades. No es justo por mi parte. Si no quieres, no hablaremos de Rosa, ni de tu vida.

VIRGINIA.- ¿Cómo no voy a querer? ¿Cómo te voy a negar esas explicaciones que me pides, que necesitas? Lo que sucede, Gabriel, es que atravieso un mal momento.

EL INVITADO.- ¿Por nuestra hija?

VIRGINIA.- No. Ella sabrá arreglárselas. Es una mujer muy de ahora. Inteligente, tenaz, capaz de tener un serio desliz y recuperarse en seguida. (**Silencio.**) Los jóvenes son odiosos, ¿sabes? ¿Hay algo más odioso que una personita de veinticinco años cuando tú empiezas a envejecer?

EL INVITADO.- ¿Intentaste disuadirla de su casamiento?

VIRGINIA.- Le advertí, pero nadie hace caso a sus padres. Eso indica que los jóvenes no siempre tienen razón.

EL INVITADO.- Tú sí le habías hecho caso a los tuyos.

VIRGINIA.- Coincidimos. Mis padres te quisieron en seguida.

EL INVITADO.- Casi antes que tú.

VIRGINIA.- No. Es que, en ese momento...

EL INVITADO.- Tu corazón estaba ocupado... Felizmente, conseguí desalojar de él a un huésped que, en el fondo, me hizo un favor. Mantenerte hasta que aparecí yo. Con otro rival más poderoso no me hubiera sido tan fácil. ¿Y ahora? ¿Está ocupado ese corazón?

VIRGINIA.- No.

EL INVITADO.- Qué raro. Siempre creí que eras una mujer que no admitía vacíos en el amor. No quisiera decir una tontería, pero ¿no será algo así lo que echas de menos?

VIRGINIA.- ¡Haces bien en pedir disculpas porque, en efecto, has dicho una solemne tontería! En los últimos años no he tenido tiempo. Apenas unas relaciones de carácter higiénico. Breves, distraídas, superficiales... Eso sí, lo suficiente como para que mi hija me diga que me acuesto con todos.

EL INVITADO.- ¿Y Rosa? ¿Está enamorada?

VIRGINIA.- La resaca matrimonial se lo impide todavía, no ha pasado ni un año. Pero cualquier día estará de nuevo dispuesta.

EL INVITADO.- Puede volver a equivocarse.

VIRGINIA.- Los padres pensamos siempre que nuestros hijos están expuestos al error. No tengo ninguna razón para creer que Rosa vaya a ser desdichada. Tal vez se ha vacunado con una oportuna desdicha.

EL INVITADO.- Entonces, no te preocupa Rosa, porque es fuerte. ¿Qué es lo que te preocupa?

VIRGINIA.- Yo misma. Te puede parecer egoísmo. Me acerco a los cincuenta años, tenía un excelente porvenir profesional, y de repente se olvidan de mí.

EL INVITADO.- Creo que no entiendo.

VIRGINIA.- Los nuestros, como tú decías. Me tratan ahora como si ya no fuera uno de ellos. Y soy de los primeros. Cualquier advenedizo ignorante que pasa por la calle es bien recibido. En cambio, nosotros...

EL INVITADO.- No sé a qué te refieres. ¿Quieres decir que te han marginado?

VIRGINIA.- Sí. Creo que jugué una carta equivocada. Pero no tenía otra. Si supieras qué distinto es todo, qué diferente de cómo pensábamos.

EL INVITADO.- Yo nunca me hice muchas ilusiones.

VIRGINIA.- Nunca fuiste un revolucionario, pero lo de ahora te sorprendería.

EL INVITADO.- Hay mucha decepción en lo que dices. ¿Por qué no los dejas?

VIRGINIA.- Porque sería abandonarle el campo a los oportunistas. ¿Por qué me voy a ir de mi casa, si es mía? ¡Que se vayan ellos, que llegaron más tarde!

EL INVITADO.- Pero tú nada tienes que ver con los oportunistas...

VIRGINIA.- (Se detiene. Se encoge de hombros.) Quién sabe...

(Silencio. Se miran.)

EL INVITADO.- Te volviste a casar.

VIRGINIA.- Con Sergio.

EL INVITADO.- Le conozco.

VIRGINIA.- ¡Ah, vaya!

EL INVITADO.- No mucho. Tenemos un trato escaso y cordial. A menudo nos convocan al mismo tiempo.

VIRGINIA.- ¿Quién os convoca?

EL INVITADO.- Supongo que sobre todo tú.

VIRGINIA.- No lo sabía.

EL INVITADO.- Los dos te lo agradecemos.

VIRGINIA.- Has terminado el vaso. ¿Te preparo otro o cenamos ya?

EL INVITADO.- ¿Qué has preparado?

VIRGINIA.- Creo que te va a gustar. ¿Recuerdas la pularda rellena?

EL INVITADO.- Una de tus especialidades. Me encantaba.

VIRGINIA.- Apenas la he hecho desde entonces. Me recordaba a ti.

EL INVITADO.- ¿Tan horrible era recordarme?

VIRGINIA.- Lo horrible era aceptar que hubieras muerto. Y antes, una sorpresa. Bacalao Gabriel y ensalada griega.

EL INVITADO.- Bacalao Gabriel. Esa receta la inventé en Portugal. Tal vez se la copié a los portugueses. ¡Y la ensalada griega! No se te ha olvidado aquel viaje por las islas. Cómo te agradezco esta cena. Me hubiera gustado ofrecértela yo.

VIRGINIA.- Pero no podía ser.

(Beben en silencio, contemplándose, siempre a distancia.)

Tengo que pedirte consejo.

EL INVITADO.- No sé si podré dártelo. He olvidado mis habilidades culinarias.

VIRGINIA.- Me refiero a nuestra hija... Me refiero a mi vida. **(Silencio.)** Me refiero... a lo que está bien y a lo que está mal.

(Silencio. De repente, la estridencia intrusa e insolente del teléfono. Con disgusto.)

¡Ese teléfono! Tendría que haberlo descolgado. No voy a responder.

EL INVITADO.- ¿Y si fuera la niña...?

VIRGINIA.- ¿La niña? ¿Por qué iba a ser ella? ¡No me asustes...! (**Acude presurosa al teléfono.**) Diga... [...] Hija mía, ¿estás bien? [...] Entonces, ¿por qué me llamas? [...] (**Con indignación.**) ¡Cómo! ¡No estoy hablando con nadie! [...] ¡Cómo puedes estar tan segura de que estoy con...! (**Un último razonamiento:**) Pero hija, si tú no puedes... [...] Sí, él sí puede, desde luego... (**Vencida.**) Sí, hija, sí... Como quieras... Te esperaremos... Ven pronto... (**Cuelga. Silencio. Confusa, turbada, mira al expectante INVITADO, que ha asistido a aquel intuido diálogo con escasa distancia ultraterrena. Buscando la palabra y el razonamiento, VIRGINIA tarda en arrancar a hablar.**) Rosa dice que no es justo que sólo yo pueda hablar contigo y con el abuelo... Que viene para acá, quiere decirle algo a su padre. Que es bastante con que puedas verla tú. (**Silencio.**) ¿No dices nada? Tal vez consideres que soy demasiado débil, pero no podía hacer otra cosa. ¿De qué hubiera servido prohibírselo?

TELÓN

CUATRO

Antes de comenzar el cuadro cuarto escuchamos voces en off, como antes. Pero ya no se trata de cartas, sino de una charla telefónica.

JOSÉ MARÍA.- ¿Está Virginia?

VIRGINIA.- Soy yo. ¿Quién es?

JOSÉ MARÍA.- ¿No me reconoces? Soy José María.

VIRGINIA.- ¡José María! ¡Qué sorpresa! ¿Cuándo has vuelto?

JOSÉ MARÍA.- Ahora mismo llego del aeropuerto. Acabo de entrar en casa. Aún tengo puesto el abrigo. Tenía prisa por llamarte.

VIRGINIA.- Ya veo, ya. Bueno, esto hay que celebrarlo. Tenemos que vernos.

JOSÉ MARÍA.- Podríamos vernos hoy...

VIRGINIA.- Pero a qué vienen esas prisas. Mira, José María, hoy tengo que hacer. Ya sabes que mi hija vive conmigo ahora. Será mejor que te dediques a deshacer tu equipaje. ¿Por qué no hablamos mañana?

(Una pausa suficiente permite pasar de la charla bruscamente interrumpida a la escena en que continúa la acción. Al alzarse el telón veremos, sobre la chimenea, el retrato de quien se llamó SERGIO.)

ROSA, sola, estudia en un grueso manual. De fondo, una tenue música. En pleno estudio, se vuelve de repente, como si hubiese oído algo. Pero regresa, como si se tratara de una falsa alarma, al voluminoso tratado. Al cabo de unos segundos mira de nuevo, convencida ahora de que no era imaginación suya lo que antes escuchó.)

ROSA.- (Se dirige a un punto del despacho.) Sé que estás ahí. No lo niegues. ¡Eres tú! ¿Me oyes? Responde. Sé que eres tú. ¡Sergio, contesta! **(Le gana un cierto desaliento.)** No quieres saber nada de mí. Si no está mi madre delante, no hay nada que hacer. Tiene que ser con ella, ¿verdad? **(Admite.)** Está bien, pero por lo menos podrás escuchar, mientras esperas a mi madre. No te preocupes, cuando llegue ella, os dejaré solos. No voy a estar tan pesada como el otro día. Me tienes que perdonar, ya sé que me excedí un poco. Pero es que me acuerdo mucho de ti. Fuiste como mi padre, tú lo sabes, como si él no hubiese muerto cuando yo era casi un bebé. Es normal que quiera verte. ¿Sabes? Fui yo quien eligió esa fotografía tuya. Estás más guapo que en cualquier otra... ¿Sabes lo que haré? Me iré al piso de Madrid, allí también puedo estudiar. Y podrás venir a ver a mamá sin que yo os moleste. Ahora venimos mucho aquí, mamá no tiene que quedarse en Madrid todos los días. **(Pero reacciona indignada contra sus promesas.)** ¿Por qué tiene mi madre la exclusiva contigo, y con el abuelo, y con mi padre? No hay derecho. Es un abuso. ¿Es que yo no pinto nada? **(Advierte que vuelve a «excederse». Rectifica el rumbo de sus palabras.)** ¿Qué te parece? Estoy estudiando. Me estoy metiendo una sobredosis de Mercantil. En septiembre sacaré las que me quedan de cuarto. Sí, ya lo ves, estudio derecho. No te lo podías imaginar, ¿verdad que no? Cuando lo tuyo, yo estaba todavía en COU. **(Como en una grave reflexión repentina.)** Pobre mamá... **(Pero regresa a su intento de comunicación vivaz.)** Contigo hubiera estudiado otra cosa. Me habrías convencido para que estudiase algo útil, no como mamá o como tú. **(Pausa. No sabe cómo seguir.)** Tengo un trabajo, ¿no sabías? Llevo sólo un par de meses.

Pensaba que en un bufete no habría trabajo en verano, pero ya lo creo que lo hay. Tiene gracia eso de ejercer. No comprendo cómo puede haber abogados que hacen oposiciones. Es mucho mejor ejercer, ir a los tribunales, correr de un juzgado a otro, tratar con los pleiteantes... ¿No crees? **(Silencio.)** Tú te dedicabas a la filosofía. Leí tu tesis doctoral. Mamá ha abandonado la suya, ¿no sabías? Tal vez elija otro tema, pero no está muy animada. La tuya era muy interesante. No vayas a creer, me enteré de casi todo. Casi todo... Si pudiera, me gustaría preguntarte algo. Es la parte más difícil, al menos para mí.

(En ese momento, surge VIRGINIA, atraída por la voz solitaria de su hija. Se queda mirando a su hija, sin atreverse a regresar por donde ha venido.)

Y ahora, ya ves. Estudio algo de poca utilidad. Ya sé que lo de mamá y tú era menos útil aún. Pero teníais otras oportunidades. Mamá compensó con creces la escasa salida de sus estudios. Se dedicó a la política, donde no hace falta titulación, basta con..., ¿cómo se dice?, un nombramiento. A ella le gustaría seguir, pero no la llaman. Pobre mamá. Ahora es el turno de otros, ella misma lo ha comprendido así. De otros, no de nosotros. Los hijos de mi edad somos invitados permanentes. No tenemos trabajo digno de ese nombre. Es uno de los aspectos del nuevo modelo de desarrollo. Hemos alcanzado la utopía, la sociedad del ocio. No te puedes imaginar lo duro que es vivirla. **(Pausa.)** ¡Responde! ¡Dime algo! **(Se vuelve. Ve a VIRGINIA. Con reproche.)** ¡Mamá! Me estabas escuchando.

VIRGINIA.- Sería mejor que estudiaras en tu habitación. Allí podrías monologar cuanto quisieras sin que nadie se enterase. **(Se dirige a su mesa y toma una carpeta.)**

ROSA.- No monologo. Hablo con Sergio.

VIRGINIA.- ¿Ah, sí? **(Al vacío, pero sin prestar atención, incluso con desdén.)** ¡Hola, Sergio! ¿Qué te trae por aquí?

ROSA.- No es manera de tratar a Sergio.

VIRGINIA.- Sé como tratar a Sergio. Era mi marido. Y, a veces, es mi invitado.

ROSA.- Mío también.

VIRGINIA.- Si te empeñas, te cedo la mitad, pero tendrás que reconocer que soy la única que está en condiciones de recibirlo.

ROSA.- ¡Por qué!

VIRGINIA.- Tú sabes por qué.

ROSA.- Tú le ves. En cambio, yo... (**Repentinamente afligida.**) Y mi padre... No he visto a mi padre. Tú sí, pero yo no lo he visto. (**Parece que se va a echar a llorar.**)

VIRGINIA.- (**Acude a consolarla, ahora en un tono muy diferente.**) Rosa, pequeña, ¿no irás a llorar? Reconocerás que, por lo menos, pudiste comunicarte con tu padre.

ROSA.- No escuché su voz...

VIRGINIA.- Pero él sí escuchó la tuya.

ROSA.- ¿De veras me oyó?

VIRGINIA.- Claro, mujer. Fuiste muy lista. Te diste cuenta de las idas y venidas de los invitados.

ROSA.- ¿Cómo era papá?

VIRGINIA.- Ya te lo he dicho. Prefiero no repetirlo, no vaya a ser yo quien se eche a llorar.

ROSA.- Sergio no ha venido hoy, ¿verdad?

VIRGINIA.- Yo no lo veo.

ROSA.- Entonces, me he pasado un buen rato hablando con las paredes. Creí que era él. Oí un ruido.

VIRGINIA.- Ya te he dicho que no hacen ruido.

ROSA.- ¿Tus invitados?

VIRGINIA.- Nuestros invitados.

ROSA.- ¿Cómo consigues que vengan?

VIRGINIA.- No lo consigo. Son ellos los que vienen.

ROSA.- Pero eres tú quien los invita.

VIRGINIA.- Se invitan solos. Yo procuro no pensar en ello. Deseo tanto que vengan que intento que no se note.

ROSA.- Papá ya no viene. ¿Por qué?

VIRGINIA.- Te lo he dicho muchas veces. Se acabó su turno. Dentro de poco de terminará el de Sergio. Entonces no sé qué haremos.

ROSA.- ¿Sabes lo que haremos? Nos dedicaremos a hombres de carne y hueso.

VIRGINIA.- Tú no te puedes quejar, tienes a tu italiano. En cuanto te descuides, hará un año. Cualquiera día de estos me quedo también sin ti, por culpa de Giorgio.

ROSA.- Pero si Giorgio es un niño, mamá.

VIRGINIA.- ¡Vaya! Ahora resulta que ese buen mozo es un niño. ¿Cómo son los hombres para ti?

ROSA.- Los hombres de mi edad no me parecen hombres.

VIRGINIA.- Entonces, te propongo un intercambio. Yo me quedo con los de tu edad, y tú con los de la mía. Las dos saldríamos ganando.

ROSA.- Ojalá fuera tan sencillo.

VIRGINIA.- Tú lo has dicho. Pero ¿y lo bien que saben los jovencitos, esos críos altos, guapos, fuertes, de ahora? ¿Que no tienen nada en el cerebro? ¡Y a mí qué me importa! No es su cerebro lo que me interesa.

ROSA.- (**Preocupada por las palabras de su madre.**) No hables así, mamá.

VIRGINIA.- ¿Por qué? Soy una mujer libre, como tú.

ROSA.- ¿Es que no te das cuenta? ¿Qué pasaría si llegase Sergio de improviso y te escuchase hablar así?

VIRGINIA.- Ah, te refieres a eso. No creo que pasara nada especial. No me imagino celoso a Sergio.

ROSA.- Pues me parece recordar que lo era un poco.

VIRGINIA.- Sí, pero ya no está en condiciones de serlo. No podría aunque quisiera, puedes creerme. ¿Sabes lo que empiezo a pensar? Que después de la muerte se diluyen determinados afectos. Ya es algo, hubo un tiempo en que yo creía que con la muerte se diluía todo. Desaparecen, no sé si poco a poco o de un golpe, los afectos toxina, los afectos veneno, los afectos odio. Y sólo quedan los otros, los afectos que tienen que ver con el amor. Lo malo es que nada permanece. Y el amor, según creo deducir, no es cósmico, sino muy concreto, limitado aunque hermoso, frágil a la vez que potentísimo. Por eso también termina diluyéndose, porque los objetos de amor son efímeros.

ROSA.- ¿Tengo que creerte? Tú misma no pareces dar mucho crédito a tus palabras.

VIRGINIA.- Desde hace algún tiempo ensayo palabras que me expliquen ciertas cosas a las que nunca había prestado auténtica atención. Creía conocer esas cosas, pero me equivocaba. Lo advierto ahora, cuando me enfrento a ellas. El amor, el sosiego, el olvido, el tiempo... Qué error el mío, qué pretensiones las mías. Sospecho que significan algo distinto en cada ocasión. Y a fuerza de cambiar un poco de matiz cada vez que echamos mano de ellas, terminan siendo de otro color.

ROSA.- ¿Y no terminarán convirtiéndose en otra cosa?

VIRGINIA.- También. Nosotros cambiamos las cosas, por el candor de nuestra mirada, o al contrario, por su turbulencia. Por ejemplo, para ti tiene que significar algo distinto que para mí la palabra amor.

ROSA.- En eso creo que te equivocas, mamá. Puede que sea distinto, pero no precisamente por el candor de mi mirada. Puestos a comparar, creo que la tuya sería más cándida que la mía.

VIRGINIA.- Ojalá fuera cierto. Pero no sabes lo que dices.

ROSA.- Y tú no me conoces bien, mamá. Como todos los padres de buena voluntad, te limitas a quererme.

VIRGINIA.- Y eso no es suficiente hoy día.

ROSA.- Al contrario. Hoy es más que suficiente. Ya no resulta tan habitual que los padres quieran a sus hijos. Pero tú sí tienes buena voluntad, aunque en ocasiones te haya faltado tiempo. Sólo que la buena voluntad y el amor no dan el conocimiento. Estoy de acuerdo en que es difícil atrapar esos conceptos que te preocupan, pero no me adjudiques una inocencia de la que carecemos tanto yo como mis contemporáneos. Nosotros sí hemos nacido con el pecado en nuestros huesos. Vosotros, en cambio, sois la última promoción de inocentes.

VIRGINIA.- Es una ingeniosa manera de presentar el conflicto entre generaciones. No como una lucha que tiene una continuidad de siglos, sino como una ruptura en la que surgen culpables desde la cuna. Culpables por nacimiento, como Segismundo. El infierno existe ya en la cuna, según eso.

ROSA.- Y, según lo que decías antes, la muerte sería el anti-infierno, la recuperación de lo que haya sobrevivido en el chamuscarse de las tinieblas, estas tinieblas que son la vida.

VIRGINIA.- Sí. Por eso recibimos la visita de nuestros invitados. Porque salieron del infierno de este mundo e ingresaron en un área más o menos beatífica. Al menos, empiezo a pensar que lo es. Se disiparon las tinieblas del espíritu y no quedaron más que las luminosidades de cada cual. Y el despliegue de esas luminosidades, de ese residuo en que consiste el bien, tú lo has llamado el anti-infierno. No te atrevías a considerarlo otra cosa.

ROSA.- ¿Paraíso? No hace falta mucho para creer en el infierno. Su existencia es evidente. Pero el paraíso exige demasiada fe, y tanto tú como Sergio me educasteis en el descreimiento. No está en mi mano dar ese paso, ni siquiera con palabras.

VIRGINIA.- Reconozco que si existe ese paso, tiene que ser muy difícil. Yo tampoco lo he dado. **(Casi sin transición.)** ¿Me ha llamado alguien?

ROSA.- **(Desconcertada.)** Pero mamá, ¿cómo puedes saltar de un tema como el paraíso al de las llamadas telefónicas?

VIRGINIA.- Mujer, tienen mucho que ver, aunque no se note.

ROSA.- Está bien. Con la emoción del momento se me había olvidado decirte que te ha llamado ese pesado de siempre.

VIRGINIA.- ¿José María?

ROSA.- Sí, ese, José María.

VIRGINIA.- No es un pesado ni me ha llamado siempre. Ha vuelto de un largo viaje. Es un colega.

ROSA.- ¿De la política?

VIRGINIA.- No lo quiera Dios. De la enseñanza.

ROSA.- ¿Es muy viejo?

VIRGINIA.- Bastante. Como yo, más o menos.

ROSA.- Si esperas que te desmienta, estás lista. Invítale a cenar un día de estos.

VIRGINIA.- Creo que ya lo he hecho.

ROSA.- No me habías dicho nada.

VIRGINIA.- La verdad es que se invitó él. Ya estuvo por aquí hace tiempo, cuando tú vivías con tu marido.

ROSA.- ¿Marido? ¿He vivido yo con algún marido? Es posible, pero en ese caso no era mío. Sería marido de otra.

VIRGINIA.- Así me gusta verte.

ROSA.- Así me gusta verte. Superándote a ti misma. No hace ni dos años que te has separado de ese imbécil y ya lo has superado. Todo un récord.

VIRGINIA.- Superarlo, lo has superado antes. Pero no te era fácil hablar así de él.

ROSA.- No me era fácil por ti, mamá. El tema de Carlos te ponía enferma. Eras tú quien no lo había superado. Todavía me pregunto cómo no has contratado matones a sueldo para cortarle el pescuezo.

VIRGINIA.- Porque es ilegal, hija mía.

ROSA.- Y, además, tú estás en contra de la pena de muerte.

VIRGINIA.- Puedo estar contra la pena de muerte, pero a veces una es partidaria del asesinato.

ROSA.- Está bien, mamá. ¿Podemos dejar de hablar de ese imbécil?

VIRGINIA.- Pero si eres tú quien ha sacado el asunto...

ROSA.- ¡Lo que yo quiero es que venga Sergio!

VIRGINIA.- ¿Sergio...? (Mira hacia el punto donde apareció EL INVITADO en el cuadro anterior. Simula un sobresalto.) ¡Ahí! ¡Es Sergio!

ROSA.- ¡Ha venido! ¿Ha venido de veras, mamá, o te estás burlando de mí?

VIRGINIA.- (A ROSA.) Dice que te diga que ha venido.

ROSA.- Preguntale que cómo está.

VIRGINIA.- Ya iba a preguntárselo, mujer.

ROSA.- Preguntale que por qué ha tardado tanto esta vez.

VIRGINIA.- Puedes preguntarle tú misma lo que te parezca, ya lo sabes. El sí te ve y te escucha.

ROSA.- (Dirigiéndose al punto que señalaba VIRGINIA.) Sergio, tengo que hablarte muy en serio... Necesito saber por qué no puedes aparecerte ante mí.

VIRGINIA.- (Al supuesto INVITADO. Con resignación.) Ya lo has oído, Sergio. Respóndele. (Pausa. Expectación.)

ROSA.- (Impaciente.) ¿Qué dice, mamá?

VIRGINIA.- Eh... Todavía no ha dicho nada.

ROSA.- ¿Y a qué espera?

VIRGINIA.- Es que... se está riendo.

ROSA.- ¿Qué se está riendo? ¿Se puede saber de qué se está riendo? ¿No se estará riendo de mí?

VIRGINIA.- No se está riendo de ti, mujer. Es que está contento de vernos. Ya sabes cómo era Sergio.

ROSA.- (Con una repentina sospecha.) ¿No me estarás engañando? ¿No estarás fingiendo que ha venido Sergio? Con esas cosas no se juega, mamá.

VIRGINIA.- Me estás empezando a hartar. Vas a conseguir que Sergio no vuelva por aquí. (Al punto «de EL INVITADO».) Y tú, ¿cómo puedes tomarte las cosas tan a la ligera?

ROSA.- (Al vacío, intentado dirigirse al INVITADO. Tensa.) Sergio, escucha, ¿estás ahí?

VIRGINIA.- Dice que sí, que está ahí.

ROSA.- (Como antes.) Entonces, escúchame. Yo no tengo celos, que conste. Pero creo que es muy humano que quiera verte. Como me habría gustado ver a mi padre. ¿No es natural que una hija quiera ver a su padre y al hombre que hizo de su padre? Di, ¿lo crees o no lo crees?

(Una mínima pausa. VIRGINIA motiva sus imaginarias respuestas.)

VIRGINIA.- Dice que sí, que le parece natural.

ROSA.- (Algo más relajada.) Entonces, por favor, si puedes, me gustaría que le dijeras a mi padre que hubiese querido verlo, como lo ha visto mamá. Y a ti también me gustaría verte. Como te está viendo ella ahora. (Un silencio.) Eso es todo lo que tenía que decir... Ya veo que... que me he excedido otra vez. Que me he pasado un pelo. Así, que lo mejor será que os deje solos y...

VIRGINIA.- (Consternada.) Pero, Rosa...

ROSA.- (Intenta tranquilizar a su madre.) No me pasa nada, mamá. Ya me he desahogado. Ahora, os dejo solos. Tendréis que hablar de vuestras cosas. **(Se dirige hacia donde cree que está EL INVITADO.)** Hasta pronto, Sergio. Siempre te he querido mucho... Eras mi padre. **(Sale rápidamente de escena.)**

VIRGINIA.- (Se ha quedado mirando el punto por donde ha desaparecido su hija. Tras un silencio.) Debería ir tras ella... Esto no puede seguir así. Mi padre lo ha hecho con la mejor voluntad. Lo mismo que Gabriel y Sergio. Pero no puede ser... **(Otro silencio. Mira a lo lejos. Llama.)** ¡Papá! ¿Estás ahí...? **(Expectación. Se oye un golpe. Con gran alivio.)** Bendito sea Dios. Papá, algo raro me pasa con esta niña. **(Otro golpe. Reacciona.)** Ah, ¿con que estás de acuerdo? Claro, tú también lo ves. Resulta que es nada menos que mi hija. Y, además, todo un carácter. **(Una serie de golpes muy cortos.)** ¿Como yo? No. Yo ya no soy la misma. **(Otra serie de golpes semejantes.)** ¿De veras crees que sabrá defenderse en la vida? Me tranquilizas. Pero dime, ¿cómo sabrá defenderse? **(Nuevos golpes.)** ¿Por encima de mí, si es necesario? No comprendo qué quieres decir con eso. **(Más golpes.)** Pues si a ti no te preocupa ya la niña, a mí sí. Ya sé, vas a decirme que quien te preocupa soy yo. **(Un solo golpe. Indignada.)** ¿Lo ves? **(Unos pocos golpes. Se calma un poco. Con tristeza.)** Rosa es una gran seductora. Como tú. Quisiera recuperar a Gabriel y a Sergio. «Siempre te he querido mucho... Eras mi padre». Sin embargo, es la verdad. Siempre quiso a Sergio. ¿Cómo iba a haber alguien en el mundo que no quisiera a Sergio? **(Transición.)** Papá, me gustaría invitarte a beber algo... **(Unos pocos golpes.)** Está bien. Gracias por la sugerencia, beberé sola. **(Se sirve una bebida.)** Al ver estos días a Sergio, lamento haber dedicado tanto tiempo al trabajo en los últimos años de su vida, cuando podía haberme dedicado a él. Podíamos haber paseado más, haber viajado más, haber charlado más. Podíamos haber practicado un contacto carnal más habitual y de mejor hechura. La culpa de no hacer todas esas cosas es mía, sólo mía. Estaba tan cansada... **(Bebe.)** Por ti, papá. En cambio, ahora quisiera estar cansada, pero no lo consigo. Ahora me siento vacía. Es como si fuese dos veces viuda. No es por mis maridos. También me refiero a mi trabajo. Cuando estás abrumada de responsabilidades crees que estarías mejor disponiendo de todo tu tiempo para hacer la vida que realmente quieres vivir. Pero cuando dispones de ese tiempo, echas de menos lo otro, el agobio, la obligación, el compromiso. **(Con ironía.)** Y el poder, claro está, no creas que lo olvido. Ya ves, hago autocrítica, como se decía en tiempos.

Pero sé que soy de ese tipo de gente que no está contenta en ningún sitio. Y no porque haya sido rebelde. Me he dejado atrapar por varias cosas, y no sé prescindir de ninguna de ellas. Me pasa lo mismo con mi hija. Quisiera verla casada, tal vez con ese italiano cuya estrella empieza a declinar. Y al mismo tiempo quiero que permanezca conmigo. No sé cuál de esas dos actitudes es egoísta, pero sé que lo es por lo menos una de ellas. Tal vez no juego limpio. Si yo misma me acuso de egoísmo, ya no pueden acusarme los demás. Tengo tanto tiempo para reflexionar... Pero sentirse culpable no es necesariamente fruto de la reflexión. Es un síndrome lastimoso que se da con la madurez en un buen número de personas. Estoy en ello. Estoy a punto de envejecer. A esta edad que ni Gabriel ni Sergio alcanzaron se sabe en qué consisten el deterioro y las oportunidades perdidas. **(De repente, alarmada.)** ¡Papá! ¿Estás ahí? **(Un golpe.)** Tenía la sensación de estar hablando sola. A las paredes, como dice Rosa... **(Cambia el tono.)** Tú me comprendes, ¿verdad, papá? **(Un golpe.)** Te lo agradezco, papá... ¿Sabes? Siempre quise creer que envejecer era sinónimo de saber, de conocer. Ahora sé que envejecer tiene una enorme carga de lamento. El lamento porque no pudo ser lo que no ha sido.

(Suena el teléfono.)

¿Oyes eso? Es Agricultura, me juego lo que quieras. Se hacía esperar. ¿Me perdonas, papá? **(Un golpe. Descuelga.)** Dígame. (...) **(Contenta.)** ¡José María...! (...) Tú no me molestas nunca, ya lo sabes. (...) Desde luego que sí, mi agenda no es tan apretada... (...) Te agradezco que digas eso. (...) Está bien. Mañana, a las ocho. Estaré esperando. **(Cuelga. Durante unos segundos sonrío, satisfecha, mirando al vacío. Después se vuelve hacia la lejanía de donde proceden los dialogantes golpes. Como si se burlase un poco de sí misma.)** ¿Sabes? Se me había olvidado por completo... Tengo... Tengo un novio. **(Silencio.)** ¿No es increíble?**(Una serie de golpes breves.)** Me alegro de que te parezca bien. No quisiera precipitarme, pero él se empeña en que le considere un novio formal. Rosa no lo sabe todavía. Me pregunto cómo reaccionará. **(Con histriónica jocosidad.)** Rosa, hija mía, tengo un novio. Es un buen chico, va con buen fin. ¿Nos das tu consentimiento?

Ríe, muy contenta. Sobre su risa, cae rápidamente el

TELÓN.

CINCO

Antes de dar comienzo el cuadro quinto, escuchamos completas las palabras que han intercambiado VIRGINIA y JOSÉ MARÍA. Se trata, de nuevo, de dos voces en *off*.

VIRGINIA.- Dígame.

JOSÉ MARÍA.- Cariño, soy yo... Soy José María. Querría...

VIRGINIA.- ¡José María...!

JOSÉ MARÍA.- Espero no molestarte. Querría...

VIRGINIA.- Tú no me molestas nunca, ya lo sabes.

JOSÉ MARÍA.- Es que... querría... ¿Nos podíamos ver mañana?

VIRGINIA.- Desde luego que sí, mi agenda no es tan apretada...

JOSÉ MARÍA.- Aunque te burles de mí, me haces feliz.

VIRGINIA.- Te agradezco que digas eso. Tú también me haces feliz a mí.

JOSÉ MARÍA.- ¿Te parece bien a las ocho?

VIRGINIA.- Está bien. Mañana, a las ocho. Estaré esperando.

(Ha cesado la charla entre VIRGINIA y JOSÉ MARÍA. Se alza el telón. Sobre la chimenea vuelve a aparecer el paisaje bucólico y de buen gusto del primer cuadro. Al caer la tarde del día siguiente, VIRGINIA y JOSÉ MARÍA toman café mientras mantienen una charla sosegada y con su pizca de alegría más o menos velada.)

En aquellos años y en aquel país me di cuenta de la inutilidad de nuestras materias. ¿A quién podía interesarle la historia? A esos jovencitos desocupados que pasaban por allí para matar el tiempo, en esa época de la vida en la que lo que se tiene es, precisamente, mucho tiempo. A ellos les venía bien, les daba la sensación de hacer algo importante con poco esfuerzo. A mí me permitía vivir en un país como aquél recibiendo un sueldo en lugar de gastar el poco dinero de mi padre. Y, desde luego, era provechoso para aquella universidad: una profesora *spanish* de España enseñaba historia contemporánea de su país, lo nunca visto.

(Ríen ambos.)

JOSÉ MARÍA.- Creo que tienes razón. En mi asignatura ocurre algo muy parecido. Profesores, alumnos y autoridades fingimos que nos interesa esa disciplina. El resultado es una curiosa farsa que engorda poco a poco. ¿De qué le puede valer a un alumno hacer en un año un seminario sobre el Arcipreste, otro sobre Quevedo y un tercero sobre Pérez de Ayala?

VIRGINIA.- ¿Pérez de Ayala? Pobres criaturas.

(Ríen, aún más animados.)

JOSÉ MARÍA.- De todas maneras, estoy contento de haber ido. Han sido dos años muy intensos. No creo que fuese capaz de soportar un tercer curso allí, pero esto me ha servido para ver lo que tanto me habían ponderado: lo distinto que es trabajar con medios dignos, sólo dignos. Para un universitario español el que en un departamento de literatura haya libros con textos clásicos y modernos, manuales y monografías, es algo sencillamente increíble. Al volver aquí se da una cuenta de que lo increíble es esto.

(Más risas.)

VIRGINIA.- Entonces, ¿no piensas volver?

JOSÉ MARÍA.- No es esa mi intención. Sólo que ahora pienso que este viaje tendría que haberlo hecho antes, de joven. Fui demasiado cobarde.

VIRGINIA.- Has estado a punto de quedarte allí. Si hubieras ido de joven, ahora tendrías por lo menos un par de hijos gringos.

JOSÉ MARÍA.- No, no he estado tan cerca de ese peligro. Lo que te contaba en esas cartas no era del todo exacto.

VIRGINIA.- No puedo creerlo. Si tú eres un mentiroso, ¿de quién puede una fiarse en este mundo?

JOSÉ MARÍA.- Tampoco era una mentira. Tuve esa historia con aquella mujer, pero me di cuenta en seguida de lo bien que la había dotado la naturaleza para hacer sufrir a un hombre. Los maridos americanos creen que es muy propio de su tierra.

VIRGINIA.- Algo te salvó. Tu sentido de la conservación, supongo.

JOSÉ MARÍA.- Lo dices con ironía. En un soltero de más de cincuenta años, sentido de la conservación quiere decir defensas y protecciones muy endurecidas frente a cualquier tipo de compromiso.

VIRGINIA.- Eres tú quien lo dice. No me permitiré yo asegurar de ti nada parecido.

JOSÉ MARÍA.- ¿De veras no sabes cómo pude resistirme a aquella sirena?

VIRGINIA.- No me lo digas. Era una *barbie* y tú la comparaste con las mujeres morenas de tu lejana patria. Suspiros de España.

JOSÉ MARÍA.- Te burlas de mí. Lo tengo merecido. Pero la verdad es que pensaba en alguien de aquí. En ti.

VIRGINIA.- (Lo esperaba.) ¿Por qué en mí? ¿Qué tengo yo de especial?

JOSÉ MARÍA.- Sencillamente, que eres la mujer elegida de mi corazón.

(Ríe VIRGINIA ante la salida de JOSÉ MARÍA. Este la secunda en su hilaridad.)

Quiero decir que pensaba seriamente en ti como compañera y...

(Pero aquello le hace aún más gracia a VIRGINIA. No dejan de reír.)

Se nota que soy profesor de literatura, ¿verdad que sí?

VIRGINIA.- Hay algo que no comprendo. Si los hombres de más de cuarenta abandonan a sus mujeres para irse con otra de un montón de años menos, ¿por qué te empeñas tú en conquistar a una mujer de tu edad?

JOSÉ MARÍA.- Me parece lo más natural. Nunca he comprendido a esos colegas míos que andan detrás de sus alumnas.

VIRGINIA.- Entonces, ¿no crees en el sortilegio de la carne joven?

JOSÉ MARÍA.- Claro que creo. No pienses que he vivido estos cincuenta años entre los bienaventurados carentes de sexo. Pero no creo que la carne joven sea el único sortilegio, ni siquiera el más poderoso. Así que ya lo sabes. Estoy dispuesto a pedir tu mano.

VIRGINIA.- Es una lástima que mi padre no pueda concedértela. Tendrás que pedírsela a mi hija.

JOSÉ MARÍA.- Haré lo que tú quieras. Pero la verdad es que pensaba que era suficiente con pedírtela a ti.

VIRGINIA.- Desde luego, tengo una importante experiencia. ¿No te asusta unir tu vida a una mujer que ya ha tenido dos maridos?

JOSÉ MARÍA.- No estás divorciada. No te peleaste con ellos. Tus dos maridos murieron.

VIRGINIA.- Por eso te pregunto si no tienes miedo. Murieron, los pobres. Ni siquiera les dio tiempo a escaparse de casa.

(Ríen de nuevo los dos. Dejan de reír. Se miran. Un silencio.)

JOSÉ MARÍA.- Te has hecho de rogar.

VIRGINIA.- No tanto. No sabía que cuando te fuiste...

JOSÉ MARÍA.- ... ya estaba enamorado de ti. Lo estaba. Tal vez no como ahora, con esta seguridad, con esta decisión. Pero te lo di a entender en mis cartas.

VIRGINIA.- Y en tus llamadas telefónicas con motivo de cualquier fiesta, de cualquier celebración.

JOSÉ MARÍA.- Así que no puedes decir que te ha tomado de sorpresa.

VIRGINIA.- No, y te lo agradezco. Me ha permitido irme encariñando con la idea.

JOSÉ MARÍA.- No pareces una romántica.

VIRGINIA.- Tengo muchos años.

JOSÉ MARÍA.- Yo tengo más.

VIRGINIA.- Sólo dos más. A nuestra edad, no es nada. O debería ser algo que jugase en mi contra. No creas, a veces pienso que soy una romántica, pero no siempre me atrevo a demostrarlo.

JOSÉ MARÍA.- Yo sí puedo hacerlo contigo. Deseo demostrártelo.

VIRGINIA.- Lo estás demostrando. Y muy bien.

JOSÉ MARÍA.- Ahora quisiera demostrártelo a mi manera. Soy profesor de universidad, como tú. Un poco ratón de biblioteca. A los estudiantes les enseño los clásicos. Y los clásicos me han enseñado algunas cosas, no sé si útiles, pero sí muy bellas. Por ejemplo, a escribir esto... **(Saca un papel de un bolsillo de la chaqueta.)** Tómalo como... como una declaración y como una petición de mano.

(VIRGINIA recibe el papel.)

VIRGINIA.- Pero si es un poema...

JOSÉ MARÍA.- ¿Por qué no lo lees en voz alta?

VIRGINIA.- Recitar no es lo mío.

JOSÉ MARÍA.- No importa. Tu voz tiene que darle, por fuerza, un sentido más rico.

VIRGINIA.- Está bien. (Lee el poema.)

Ojos que me visteis ver
y por ver me condenaron,
ojos que nunca miraron
con intención de querer.
Ojos que pudieron ser
y en verdad sayones fueron,
ojos que nunca quisieron
conceder ningún querer.
Mirada de azul crueldad
que toda inquietud ignora,
turbia fijeza que agora
juzga mi triste verdad,
zarca, insolente deidad
que mis pesares desdeña,
y que encadena al que sueña
al perder su libertad.
Si el querer me ha enajenado
y el mirar me lleva preso,
sabed que pierdo con eso
vida, estima, amor, cuidado.
Vida porque preso voy,
amor por ser vuestro bien,
estima en vuestro desdén,
cuidado, porque no soy.
Mi no ser es mayor pena
de vuestro decreto frío,
pues que perdí el albedrío
en virtud de esa condena.
Perdido el ser, el amar,
la estima, el vivir y el fuero,

decidme enemigo fiero,
si no he de sentir pesar.

(Al concluir su lectura, VIRGINIA dobla el papel y lo conserva en su mano. No mira inmediatamente a JOSÉ MARÍA, pero lo hace por fin al cabo de unos segundos.)

¿Debo entender que he sido tan desdeñosa contigo?

JOSÉ MARÍA.- Es una licencia poética. La enemiga que me ha robado el ser, y sin la cual ser no puedo. Una imitación del más puro conceptismo. He caído en algún error estrófico, pero ya no me atrevo a modificar nada. Espero que no te importe.

VIRGINIA.- Es muy bello esto que has escrito. Y echa sobre mí una gran responsabilidad. **(Desdobra el papel y lee.)**

Si el querer me ha enajenado
y el mirar me lleva preso,
sabed que pierdo con eso
vida, estima, amor, cuidado.

¡Qué cargo de conciencia!

(Ríe, y JOSÉ MARÍA la secunda. VIRGINIA se levanta. Va a otro punto de la escena. Se vuelve hacia JOSÉ MARÍA.)

Y, ahora, bésame.

(JOSÉ MARÍA se levanta. Va hacia ella, primero retraído y en seguida con más decisión. Llega hasta VIRGINIA. Se besan. Es un beso largo y lleno de juventud. VIRGINIA abrazada a él. Retiene un suspiro.)

¿Has recuperado el ser?

JOSÉ MARÍA.- **(Sobreponiéndose.)** No del todo. Tal vez tú puedas ayudarme.

VIRGINIA.- Lo intentaré.

**(Se besan de nuevo, igual que antes. Siguen abrazados.
VIRGINIA intenta ironizar, intenta bromear.)**

Me da la impresión de que lo tuyo no es irrecuperable.

JOSÉ MARÍA.- El caso es que... no depende sólo de mí.

VIRGINIA.- Adelante, entonces.

**(Se besan de nuevo, pero ahora el beso es más prolongado.
Mientras se besan, aparece ROSA.)**

ROSA.- (Sorprendida, comprendiendo su inoportunidad.)
¡Oh! Perdón, yo... (Va a retirarse.)

VIRGINIA.- (Aún en brazos de JOSÉ MARÍA.) ¡Rosa!

**(ROSA se detiene. Se vuelve hacia ambos. VIRGINIA se ha
separado de JOSÉ MARÍA con suma delicadeza.
Intimidada, no sabe dominar por completo la situación.)**

Os voy a presentar... (A JOSÉ MARÍA, señalando a ROSA.) Es mi hija... Rosa. (A ROSA, señalando a JOSÉ MARÍA.) Es José María... Ya has hablado por teléfono con él...

ROSA.- Perdóname, mamá. No sabía que tuvieras invitados...

VIRGINIA.- Es verdad, José María es un invitado. Pero un invitado de carne y hueso.

JOSÉ MARÍA.- ¿De carne y hueso? ¿Qué quieres decir?

VIRGINIA.- ¡Oh, nada...! Cosas nuestras. (A ROSA.) Rosa, escucha un momento... Es que estoy algo nerviosa. Escúchame bien. José María y yo tenemos algo importante que decirte.

Sobre la actitud expectante de los tres, cae el

TELÓN

SEIS

Antes de comenzar el cuadro final, escuchamos, solitaria, la voz de VIRGINIA.

VIRGINIA.- (Off.) ¡Papá...! **(Silencio.)** ¿No estás ahí, papá...? Últimamente te retrasas demasiado... Y me dejas en la estacada. Lástima, tenía algo importante que decirte. **(Se advierte que reprime un sollozo.)** ¿Te acuerdas que te dije que tenía un novio? Pues bien, ha sucedido algo sorprendente... No sé qué pensarás tú del asunto. Quizá desde tu punto de vista no tenga demasiada importancia. Pero yo no sé qué pensar, no sé qué hacer. **(Otro sollozo, no muy pronunciado.)** Papá, necesito hablar contigo. Lo necesito más que nunca... **(Silencio.)** Papá, ¿estás ahí...? **(Silencio.)**

(Se alza el telón. Sobre la chimenea, un retrato de VIRGINIA, muy favorecida. VIRGINIA y ROSA conversan. ROSA toma notas de lo que le dice su madre. A un lado, JOSÉ MARÍA lee un periódico.)

VIRGINIA.- Entonces haces el sofrito. Cuidado con pasarse; en cuanto la cebolla se dore un poco, lo apartas. El sofrito lo echas en el agua y la llevas a ebullición. No hay que olvidar el aceite. De oliva, claro, nada de mantequilla ni porquerías por el estilo.

ROSA.- (Mientras toma notas.) La abuela usaba mucho la mantequilla, ¿verdad?

VIRGINIA.- No creas. Llegó a corregirse bastante.

ROSA.- (Termina sus notas.) Lo voy a intentar, pero dudo mucho que me salga tan bien como a ti. Estaba delicioso.

VIRGINIA.- Será mejor que elijas otra cosa para halagarme. Esto no tiene demasiado misterio.

ROSA.- No pretendo halagarte. Soy justa contigo, eso es todo.

VIRGINIA.- Celebro que seas justa conmigo.

ROSA.- (Al ver que JOSÉ MARÍA bosteza.) José María está muerto de cansancio. Será mejor levantar el vuelo.

(**JOSÉ MARÍA se levanta.**)

JOSÉ MARÍA.- No es por mí. Es que estamos molestando a Virginia. Me da cargo de conciencia.

VIRGINIA.- ¿Por qué ibais a molestarme? Me encanta que vengáis a verme. La próxima vez cenaremos en el piso de Madrid, ¿os parece? A no ser que también allí os dé cargo de conciencia.

ROSA.- Vienes poco por aquí, ¿verdad?

VIRGINIA.- Sí, desde antes de casaros. Me da pereza, prefiero estar en Madrid. Vosotros sí que podríais pasar aquí más tiempo. Esto es muy sano, ya lo decía tu padre.

JOSÉ MARÍA.- ¿Tienes clase mañana?

VIRGINIA.- No, pero tengo que corregir un buen montón de ejercicios. ¿No tenéis exámenes vosotros?

JOSÉ MARÍA.- No me hables. Empezamos la semana próxima.

ROSA.- No os quejéis. Yo también tengo exámenes, pero la examinada soy yo.

JOSÉ MARÍA.- Eso te pasa por haber nacido tan tarde.

ROSA.- Mi madre diría que eso me pasa por haberme precipitado en aquel matrimonio en lugar de quedarme en la facultad. A estas alturas ya estaría licenciada.

VIRGINIA.- ¿Tu madre? No puedo creer que te critique de ese modo. Pero, ahora que lo dices...

JOSÉ MARÍA.- Doy fe de que nunca le he oído a Virginia nada parecido.

VIRGINIA.- No me defiendas, querido colega, y sin embargo yerno. Cuando un hijo encuentra algo que reprochar a sus padres, no hay razonamiento que le haga desaprovecharlo.

ROSA.- ¿No te irás a enfadar conmigo? Si quieres pelea, lo dices.

VIRGINIA.- Hemos vivido juntas más de dos años y no nos hemos peleado en serio nunca. No lo voy a estropear, ahora, que me he librado de ti.

ROSA.- (Se echa en brazos de su madre.) Mamá...

VIRGINIA.- (Abraza a su hija.) Pequeña...

JOSÉ MARÍA.- Qué bello es el amor familiar.

ROSA.- (Firme, pero sin aspereza.) Tú te callas. Eres un intruso.

JOSÉ MARÍA.- Cuando uno llega a formar parte de la familia, pierde la categoría de intruso y gana otra menos neutral. ¿No es mi caso?

VIRGINIA.- Déjalo, José María. La familia te ha acogido sin hacer preguntas. No nos importa tu turbio pasado.

ROSA.- (Sin soltar por completo a su madre. Preocupada.) Mamá, ¿te ocurre algo...? (Se vuelve a JOSÉ MARÍA.) José María, ¿por qué no vas sacando el coche en lugar de quedarte ahí parado?

JOSÉ MARÍA.- (Confuso.) ¿El coche...? Claro, claro que sí. (Se pone a moverse, sin saber en qué dirección.)

VIRGINIA.- El garaje está abierto, sólo tienes que levantar la puerta.

JOSÉ MARÍA.- (Se acerca a VIRGINIA. Beso fugaz.) Gracias por todo, querida colega, y sin embargo suegra.

VIRGINIA.- Hasta pronto, bergante.

(JOSÉ MARÍA hace un gesto significativo a ROSA y sale de escena.)

ROSA.- Y ahora, dime lo que te sucede.

VIRGINIA.- No has debido hacerle salir. Va a creer que de veras me pasa algo.

ROSA.- Es que te pasa algo.

VIRGINIA.- Te equivocas, jovencita. No me pasa nada. Tú te sientes culpable, lo sé, pero no es cosa mía.

ROSA.- José María y yo nos hemos portado muy mal.

VIRGINIA.- (Se burla.) José María y yo, José María y yo... No me digas que tu marido y tú os pasáis la noche pensando en el alma en pena de la madre sacrificada. La cosa no es para tanto.

ROSA.- ¿Por qué te pones mordaz? ¿Crees que soy tonta? Quieres hacerme creer que todo esto es muy normal.

VIRGINIA.- No es normal porque tú no lo ves así. Pero ya se te pasará.

ROSA.- No quieres hablar de ello.

VIRGINIA.- Por esta noche, ya hemos hablado bastante.

ROSA.- He pensado venirme unos cuantos días contigo. Cuando tenga que preparar exámenes.

VIRGINIA.- Si te dan permiso en el bufete, estaré encantada de tenerte aquí.

ROSA.- Como invitada.

VIRGINIA.- Ya no recibo invitados. Vendrás como mi hija, que heredará esta casa un día si yo no se la cedo antes.

ROSA.- Vendré sola.

VIRGINIA.- Con tal de que tu marido no se encele.

ROSA.- Contigo no se atreverá.

VIRGINIA.- ¿Por qué? ¿Se siente tan culpable como tú?

ROSA.- Él se siente más culpable aún.

VIRGINIA.- Has tenido suerte. Es un buen marido.

ROSA.- ¿Y él no la ha tenido?

VIRGINIA.- Él, también. ¿Dónde va a encontrar una mujer como tú...?

ROSA.- A su edad, ¿no es eso lo que quieres decir?

VIRGINIA.- A cualquier edad. Cuando pienso en el pobre Giorgio...

ROSA.- ¡Un momento! El «pobre Giorgio» ya está casado con otra. Ahora vive muy cerca de Milán, en una casa que al parecer es una hermosura, junto a la de sus suegros, gente bastante forrada. No tardó en consolarse el pobre Giorgio. Qué economía afectiva tan asombrosa.

VIRGINIA.- No debe de ser mala esa economía.

ROSA.- (Con intención.) Por cierto, ¿has estado alguna vez en Milán?

VIRGINIA.- No, nunca. He sido poco viajera, ya lo sabes. ¿Por qué me preguntas eso...?

ROSA.- Es que te va a gustar.

VIRGINIA.- (Se ha quedado sorprendida, pero reacciona pronto.) ¿Cómo te has enterado...?

ROSA.- Te dejas las cosas encima de cualquiera mesa. He visto un pasaje de avión. Está en el salón de abajo.

VIRGINIA.- ¡Qué indiscreta soy!

ROSA.- ¿Cómo se te ocurre ir ahora a Milán?

VIRGINIA.- Nada importante. A ciertas edades, nos hacen descuento.

ROSA.- Mamá, te lo pregunto en serio...

VIRGINIA.- Voy a ver a unos amigos. Viven allí. Veré la ciudad y haremos algunas excursiones.

ROSA.- ¿Dónde...?

VIRGINIA.- ¿Qué sé yo? Bérgamo, Parma, Verona...

ROSA.- ¿Quieres la dirección de Giorgio? Sería otra excursión.

VIRGINIA.- La verdad es que me basta con el teléfono.

ROSA.- Te lo doy, entonces.

VIRGINIA.- Lo tengo.

ROSA.- ¿Qué piensas hacer?

VIRGINIA.- Tomarme unas vacaciones. En todos los sentidos.

ROSA.- Te advierto que está casado...

VIRGINIA.- (Interrumpe, brusca.) Ya lo sabía. Y tú ya me lo has dicho.

ROSA.- ... con una chica preciosa.

VIRGINIA.- No creo que sea más preciosa que tú. Tan sólo será más preciosa que yo. Que es lo que tal vez has querido decir.

(ROSA parece ahora incapaz de responder. Pero de fuera llega el sonido de un claxon.)

ROSA.- ¿Oyes? ¡Qué discreto!

VIRGINIA.- Será mejor que salgas. Mañana hablaremos.

ROSA.- Te llamo. **(Abraza a su madre.)** Mamá...

VIRGINIA.- Hasta mañana, pequeña...

(Besa a ROSA, que sale de escena a continuación.)

VIRGINIA permanece unos segundos mirando al punto por donde ha salido ROSA. Entonces se vuelve hacia una de las ventanas y mira a través de ella. Hace un saludo de despedida. Se oye alejarse un automóvil. VIRGINIA se vuelve, como si fuese a hacer algo, pero se detiene. Mira a distancia.)

VIRGINIA.- Papá, ¿estás ahí? **(Aguarda una respuesta. Silencio.)** ¡Papá! **(De nuevo, expectación. Silencio.)** Tal vez tú sí me oigas a mí. ¿Te das cuenta? Se me junta todo. Ahora, por si fuera poco, a ti se te ha acabado el tiempo. ¿Y a mí? ¿Qué es lo que no se me ha acabado a mí? Lamento decirlo, papá, pero te ha salido muy mal el tiro... **(Parece arrepentida de haberlo dicho. Se encoge de hombros. Nunca pierde el sentido del humor.)** Lo siento, papá. Si me has oído, te pido disculpas. Y, si no, me las pido a mí misma. Tú has hecho lo que has podido. **(De repente, como si se burlase de sí misma.)** ¿Sabes lo que me gustaría? Me gustaría que me llamara Giorgio. Me gustaría que me llamara y me dijese que quiere consolarse conmigo, ya que mi hija le dio calabazas. Precisamente, eso que teme Rosa... que yo pueda darle... ¿No es ridículo?

(Ríe. Entonces, suena el teléfono. Sorpresa, deja de reír. Se queda unos segundos mirándolo, mientras suena. Por fin, toma el aparato.)

(Expectante.) Dígame. (...) **(De repente, se echa a reír.)** ¡Fernando! ¡Pero si eres tú! **(Ríe, imparable.)** ¿Cómo dices? (...) Claro que estaba ya acostada. Espero que tengas dos o tres buenas razones para llamarme a estas horas. Me has despertado. (...) No, no puedo adivinar nada en estos momentos, tengo demasiado sueño. (...) Está bien, dímelo tú. (...) **(Desconcertada.)** ¡Cómo! ¡En el Ministerio de Obras Públicas! **(El anuncio le provoca un dolor que a ella misma le resulta sorprendente. Pero reacciona en seguida, echándose de nuevo a reír. Mientras ríe, hilvana como puede las siguientes frases.)** ¡Ah, no! Conmigo no contéis. ¡Se acabó! Se acabaron las tomaduras de pelo. **(Ríe, ríe. De repente, deja de reír ante algo que le dice su interlocutor.)** ¿Y cómo quieres que me lo tome? ¡Se ha pasado el momento! ¡He vuelto una página de mi vida! **(Se detiene. Silencio. Del otro lado de la línea deben de impacientarse.)** Sí, sigo aquí... Lo siento. Mañana te daré más detalles, ahora estoy muy cansada. *Ciao, Giorgio!* **(Cuelga. Entonces advierte que ha cometido un error. Burlona, al teléfono, ya colgado.)** Disculpa. Quería decir, *ciao, Fernando!* **(Pensativa, se burla de sí misma.)** Pues no, no era Giorgio. Quizá los Giorgios ya no sean para mí.

(Suspira, pero sin dejar de sonreír, burlona de sí misma. Piensa, tal vez sueña. Como sueñan los descreídos, no los melancólicos. Por eso suena, en off, un diálogo que, si nos fijamos, es cómico, que tantos soñamos en clave de una seriedad que, no por improbable para cualquier testigo, es menos emotiva para nosotros.)

UNA VOZ DE HOMBRE JOVEN.- *(Off. Con acento italiano.)* ¡Virginia...! Qué encuentro tan inesperado. ¿Cómo está usted?

VIRGINIA.- *(Off.)* Te lo ruego, Giorgio, no me trates de usted.

JOVEN.- ¿Vas a estar muy ocupada?

VIRGINIA.- No. Son mis vacaciones.

JOVEN.- ¡Qué encuentro tan inesperado! Porque... usted es Virginia, ¿no es así?

VIRGINIA.- Claro, Giorgio. Pero te ruego que no me trates de usted. Somos amigos, ¿o no?

JOVEN.- Ah, no sabe usted cuánto me gustaría serlo de veras. ¿Vas a tener algún tiempo para mí?

VIRGINIA.- Es probable. Estoy aquí de vacaciones.

JOVEN.- ¡Es maravilloso! Un encuentro inesperado. ¿Cómo se encuentra usted, Virginia?

VIRGINIA.- No lo estropees tan pronto, Giorgio. Trátame de tú. Para ti soy Virginia, una vieja amiga.

JOVEN.- Para mí eres Virginia, una mujer bella e inteligente. Dime, ¿podré invitarte un día?

VIRGINIA.- Tal vez... Después de todo, aquí no tengo gran cosa que hacer. Estoy de vacaciones.

JOVEN.- Encuentro inesperado...

(La expresión se repite una y otra vez: «encuentro inesperado, encuentro inesperado...». VIRGINIA, la auténtica, la que vemos en escena, muda y muerta de risa, de sí misma y tal vez no sólo de sí misma, comienza a retirarse. Es demasiado tarde. Aún tiene que darse unos cuantos días de madrugón y de lectura de exámenes antes de marcharse de vacaciones a Milán.)

TELÓN FINAL